



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

El problema de la moral

Autor:

Rodriguez, Porfirio E.

Tutor:

1901

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía y Letras.

Posgrado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

- DOCTORADO -

Tesis 4-4-7



EL

PROBLEMA DE LA MORAL

UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



EL

PROBLEMA DE LA MORAL

TESIS

PRESENTADA PARA OPTAR AL GRADO

DE

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

POR

PORFIRIO E. RODRIGUEZ



BUENOS AIRES

IMPRESA DEL ASILO DE HUÉRFANOS

2650 - Méjico - 2670

1901

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Académicos honorarios

DR. VICENTE FIDEL LÓPEZ
SR. CARLOS GUIDO Y SPANO
DR. BERNARDO DE IRIGOYEN
TTE. GRAL. BARTOLOMÉ MITRE

Decano

DR. MIGUEL CANÉ *

Académicos titulares

DR. LORENZO ANADÓN
» BERNARDINO BILBAO
» JOAQUÍN V. GONZÁLEZ
» FRANCISCO L. GARCÍA
» INDALECTO GÓMEZ
» ENRIQUE GARCÍA MÉROU
» MANUEL F. MANTILLA
SR. RAFAEL OBLIGADO
DR. CARLOS PELEGRINI
» MANUEL QUINTANA
» RODOLFO RIVAROLA
» ERNESTO WEIGEL MUÑOZ
» ESTANISLAO S. ZEBALLOS

Secretario

DR. RAFAEL CASTILLO

MESA DE TESIS

Primera Mesa

Presidente

DR. LORENZO ANADÓN

Vocales

DR. FRANCISCO A. BERRA

» ANTONIO DELLEPIANE

» JOSÉ N. MATIENZO

» RODOLFO RIVAROLA

» ERNESTO WEIGEL MUÑOZ

Segunda Mesa

Presidente

DR. ENRIQUE GARCÍA MÉROU

Vocales

SR. JUAN J. GARCÍA VELLOSO

DR. JOAQUÍN V. GONZALEZ

» CALIXTO OYUELA

SR. RAFAEL OBLIGADO

DR. JOSÉ TARNASSI

Tercera Mesa

Presidente

DR. ESTANISLAO S. ZEBALLOS

Vocales

DR. JOAQUÍN CASTELLANOS

SR. CLEMENTE L. FREGEIRO

» SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO

DR. DAVID PEÑA.

PADRINO DE TESIS

DR. J. ALFREDO FERREYRA

CUERPO DOCENTE

Catedráticos Titulares

<i>Dr. Francisco A. Berra</i>	Psicología. <i>Ciencia de</i>
» <i>Joaquín Castellanos</i>	Historia.
<i>Sr. Clemente L. Fregeiro</i>	Geografía.
<i>Dr. García Enrique Mérou</i>	Historia Universal.
<i>Sr. Juan J. García Velloso</i>	Literatura Castellana.
» <i>Manuel A. Lafone Quevedo</i>	Arqueología Americana
<i>Dr. José N. Matienzo</i>	Historia de la Filosofía.
» <i>Calixto Oyuela</i>	Literaturas de la Euro- pa Meridional.
» <i>Rodolfo Ricarola</i>	Psicología.
» <i>José Tarnassi</i>	Literatura Latina.

Catedráticos Honorarios

<i>Dr. Antonio Dellepiane</i>	Historia Universal.
» <i>Rómulo E. Martini</i>	Latín.
» <i>David Peña</i>	Historia Argentina.

A MI ESPOSA Y A MIS HIJOS



INTRODUCCIÓN

El problema de la Moral, ó sea *la investigación de cuál debe ser el fin general de la actividad humana*, es complejo. Y en las diversas soluciones dadas á las cuestiones fundamentales que comprende hay desacuerdo entre los moralistas, sobre la doctrina, el espíritu, el método, las leyes que rigen los fenómenos morales, las causas generadoras que los producen, las consecuencias que de dichos fenómenos se desprenden, los fines que deben buscarse, etc. etc.

Y el desacuerdo es, lógicamente tanto mayor, cuanto más opuestas son las teorías que cada escuela sostiene, como sucede con la teológica, que admite la sobrenatural y la evolucionista que lo niega; la metafísica, que cree en lo absoluto y la positiva que afirma que todo es relativo. Ahora, dentro de una misma escuela es natural que haya cierta armonía, puesto que todas las cuestiones se subordinan á *una idea madre*, que sirve de eje al sistema. Y esta armonía es tanto mayor, cuanto más comprobables son los fenómenos ó hechos que se

sientan, más aceptables las teorías que se sostienen y las hipótesis que se formulan, pues los unos se imponen á los sentidos y á la razón, y las otras á la razón y á los sentidos.

Los fenómenos más demostrables son también los más simples, más comprensibles y por consiguiente más generalizados. Que una quemadura produce dolor lo sabe el salvaje como el hombre civilizado, que cinco es mayor que uno lo sabe todo el mundo, y que la suma de los ángulos de un triángulo es igual á dos rectos, tanto en el Ecuador como en los polos, y antes y después del fiat.

Entre las ideas filosóficas sostenidas por Heráclito hace veinticinco siglos y las de Darwin y Spencer en nuestros días hay más conformidad, á pesar del tiempo que separa al primero de los otros, que entre las de Spinoza, Leibnitz y Hegel, que fueron casi contemporáneos y pertenecían á la escuela espiritualista. Es que los primeros filósofos citados, especialmente Darwin y Spencer inducían y deducían observando el mundo sensible y comprobando lo observado en la mayor variedad y número de fenómenos, y podían así hacer generalizaciones más amplias y ciertas que lo que les era dable á los metafísicos, que se perdían en enmarañadas abstracciones sobre lo suprasensible y lo absoluto, procedien-

do casi siempre *á priori* ó con observaciones muy deficientes; y con un criterio exclusivista y erróneo pretendían subordinar los fenómenos á sus propias concepciones, en lugar de proceder en sentido contrario y algunas veces mixto. Por eso, después de haber fatigado fuertemente el cerebro, la solución que generalmente encontraban era arbitraria y poco estable; ó consistía en plantear una nueva cuestión, que muchas veces llegaba á convertirse en centro de un nuevo sistema, y que, en la mayoría de los casos, sólo servía para complicar y multiplicar los problemas.

Esto no quiere decir que pretendamos desconocer los servicios prestados directa ó indirectamente á la humanidad por la escuela teológica y la metafísica. A la primera debemos el cristianismo, que es una gran construcción, cuyos materiales servirán para fundar la religión del porvenir; religión que tendrá por base la ciencia, por régimen el trabajo y por fin el mejoramiento y perfeccionamiento armónico del hombre, lo cual le asegurará también su felicidad.

La metafísica, filosofía de transición, de la cual todavía no hemos salido, ha sido el gran crisol que, durante varios siglos mantuvo en fusión constante las ideas que contenían los gérmenes de verdades

ignoradas; las cuales, del choque de las polémicas y discusiones de los filósofos y moralistas surgieron, muchas veces con calor de incendio.

Es cierto que hay verdades que para penetrar en las conciencias han necesitado una larga y penosa elaboración, pero esta es una ley del progreso, que se cumple siempre, en su verdadero momento. La palabra extemporánea debería borrarse del diccionario universal con más razón que la palabra imposible. No hay cosa que no suceda en el instante en que debe suceder.

Los errores cometidos, los ensayos y las luchas porque han tenido que pasar las sociedades, y los siglos que han transcurrido, todo ésto ha sido necesario, indispensable, para llegar al grado de progreso que hemos alcanzado.

Y si fuese posible volver al punto de partida para elevarnos de nuevo hasta donde hemos llegado, no podríamos desviarnos una línea ni cambiar un accidente del camino que anduvimos por primera vez, sin exponernos, con toda seguridad, á extraviarnos, no conocernos á nosotros mismos, ó desaparecer como individuos para existir como substancia, diseminados en mil partes en el espacio infinito.

La escuela teológica y la metafísica han dado lo que podían y debían dar, dado el grado de la evo-

lución cerebral alcanzado por la humanidad, y los medios de observación y experimentación de que podía disponer para ratificar ó rectificar sus creencias y sus concepciones.

La filosofía y la moral científica cuenta con mayores y mejores elementos para llegar á la verdad: por eso marchan con paso más seguro, propósitos más definidos y concretos, y persiguiendo fines de utilidad más positiva; pero gran parte del camino se lo han preparado las escuelas anteriores. No las recriminemos entonces, sinó que reconocidos á los servicios permanentes ó provisorios con que han contribuido al progreso, de cuyos beneficios todos participamos, procuremos al estudiarlas, despojarnos de los prejuicios de la intransigencia y de la censura, á las que de una manera tan fatal nos sentimos inclinados.

Con la mayor ecuanimidad de espíritu que me sea posible, y sin abrigar la pretensión de que llegaré á resolver el problema, espondré las ideas que al respecto hé recogido, á las cuales agregaré las que he elaborado, y que son el fruto de mis meditaciones.

Y como lo vasto del tema y la índole de este trabajo no me permiten tratar la cuestión empezando su estudio desde su génesis, me limitaré en unos

VI

casos á *examinar brevemente las doctrinas más autorizadas*, y en otros las involucraré en el desarrollo de los problemas parciales, de modo que queden comprendidas en el texto.

Con este criterio trataré el Problema de la Moral, cuyo orden lógico es el siguiente:

Exposición y exámen de las teorías mas autorizadas. ¿La vida es buena ó nó? Objeto y definición de la Moral. Espiritu y método. Genesis de las ideas morales. Dominio de la Moral. División de la Moral. ¿Deben primar los sentimientos egoistas ó los altruistas? ¿Progresamos moralmente?

Examen de los sistemas de Moral

MORAL TEOLÓGICA

La palabra teología se emplea hoy generalmente en el sentido restringido de una doctrina fundada sobre la revelación, la tradición y textos consagrados, aceptando también los milagros. La teología tiene por objeto no solamente explicar el origen de la Naturaleza y de los seres, sinó especialmente la existencia y los atributos de Dios, y los deberes que han sido prescritos al hombre.

Prescribe la fé y por su intermedio explica los misterios.

Hay una teología especulativa y una teología moral. La primera se ocupa de los dogmas, la segunda, de las reglas prácticas de la conducta enseñadas por la revelación.

El principio esencial de esta moral y el soberano bien es la caridad, que es el amor de Dios de todos los hombres. Por medio de la caridad nos reconciliamos con la Divinidad y purgamos el pecado original.

El primer deber del hombre es el amor á Dios

y á sus semejantes; y como este amor ~~que~~ al bien depende de nosotros, pues sinó no sería una obligación, nosotros somos libres para practicarlo, y responsables de amar ó no amar el bien. Pero el Cristianismo, para combatir la arrogancia de los estoicos ha negado al hombre toda facultad para realizar el bien sin el *auxilio de la gracia*. De modo que tenemos una contradicción en la doctrina, y esta contradicción ha sido un problema al cual se han dado numerosas soluciones, pero ninguna de ellas satisface plenamente, pues ó el hombre es dueño ó no es dueño de sus acciones, ya que este sistema lo considera en absoluto.

Por otra parte, según San Agustin, Dios salva al hombre, pero no á todos los hombres, sinó á los que Él ha elegido por un acto eterno, anterior á la creación del hombre, de manera que unos están *predestinados* á la salvación y otros *condenados*. Según esta doctrina, la libertad humana desaparece y la gracia divina se hace arbitraria. Los esfuerzos que hagan en el sentido del bien los no elegidos, serán infructuosos, puesto que tienen que luchar con la voluntad divina que no les ha concedido la gracia. En cambio, los favorecidos por esta gracia, por más tendencias que tuviesen al mal no podrían caer en pecado. De modo que ni mérito ni

demérito puede resultar de las acciones humanas, toda vez que hay una predestinación divina de lo que ha de ser cada uno; y como nadie se mueve sin el consentimiento de esta voluntad, la responsabilidad de la persona humana desaparece, y el hombre obra obedeciendo á la fatalidad. Según el concepto cristiano, el soberano bien comprende también la virtud y la felicidad. La virtud es el amor por Dios y la felicidad es la posesión de Dios y una especie de recompensa otorgada por el amor divino. Pero la felicidad no se alcanza en ésta sino en la otra vida; sin embargo, por medio de la santidad podemos aproximarnos al goce de la felicidad en este mundo.

La promesa de una vida mejor trajo como consecuencia el desprecio de la vida presente y de los bienes terrenales, el anacoretismo, las maceraciones y el martirologio; se despreciaba y mortificaba al cuerpo porque se querían matar sus apetitos. Así es que en vez de desarrollar las energías corporales, que son el soporte de las morales, y fortificar el cuerpo, que es el instrumento del alma, se busca su aniquilamiento; este sacrificio era egoísta ^{mo} puro, puesto que se hacía para ganar el Paraíso.

Sin embargo, es acto de justicia y reconocer que en la época de la aparición del Cristianismo,

sobre todo en occidente, el mundo romano, que era el que tenía la hegemonía universal, estaba profundamente sensualizado y pervertido; de manera que una religión que proclamaba el desprecio del cuerpo y de los bienes terrenales, y que ofrecía como recompensa una vida mejor, era doctrina moralizadora y apelaba al único remedio aplicable en una época de corrupción y mercantilismo. Pretender que los hombres practicaran el bien por el bien mismo y exigirles un sacrificio sin una recompensa hubiese sido contraproducente para moralizarlos.

• El Cristianismo es doctrina de templanza, de caridad, de amor, de fraternidad, virtudes todas que era necesario colocar por sobre todas las prácticas para sacar á los hombres de la corrupción en que estaban sumidos. Y si á Jesucristo no se le reconoce como á un Dios, es necesario confesar que fué un eminente filósofo y moralista práctico y teórico.

La doctrina de la creación del mundo, según el concepto bíblico, y que la ciencia moderna ha demostrado que es errónea; la de la caída, que hace á todos hombres reponsables de una falta que otros cometieron, y que es contraria á la evolución progresiva de los seres y á las leyes históricas comprobadas, fué necesario y conveniente establecerlas en su tiempo, pues, no le era permitido al «Hijo

del Hombre», ni á los apóstoles, encargados de predicar sus doctrinas ignorar el origen del mundo ni el de la Humanidad, y había que dar la explicación que estuviese más de acuerdo con la nueva religión. Y como la ciencia no había penetrado todavía la verdad, misterio por misterio, se tomó el que más convenia á los propósitos que se perseguían.

Como los tiempos son otros, la moral teológica no puede regir la humanidad actual, pero contiene sin embargo, materiales preciosos que se incorporarán con su cuña y con su ley á la moral y á la religión del porvenir.

MORAL ESPIRITUALISTA

Es el sistema que sostiene que el alma es una substancia completamente distinta é independiente del cuerpo, superior á él y dotada de existencia propia. Créese en la existencia de seres reales, verdaderas substancias y verdaderas causas que denomina espíritus, y que no pueden ser percibidos por los sentidos.

Los filósofos partidarios de este sistema han dado varias soluciones al problema sobre el origen del espíritu y de la materia. Platón y Aristóteles dicen que la materia y el espíritu han existido eterna é independientemente una de otro: es el dualismo griego.

Otra solución es, que la materia proviene del espíritu. Sus sostenedores se dividen en dos ramas. Los de la primera, y que constituyen el dualismo cristiano, consideran que Dios es el espíritu elevado á su más alto grado de poder, y que la materia fué creada por Él de la nada, y una vez creada se ha mantenido separada del espíritu y con propiedades

distintas; pero la materia, como ha tenido un principio debe tener un fin, mientras que el espíritu, ser necesario, es eterno é inpercedero.

Según la otra opinión, la materia no es un ser real, ni una sustancia, ni una causa, sinó simplemente un fenómeno del espíritu cuyo carácter propio es el espacio, pero el espacio mismo no tiene existencia fuera del espíritu.

Los espiritualistas fundan su doctrina en hipótesis indemostrables y en principios absolutos y dogmáticos de la metafísica; tales como la libertad humana y el poder absoluto de elección, deber absoluto y bien absoluto. Por medio de silogismos y de concepciones *á priori* de entidades abstractas y suprasensibles pretenden comprobar lo que sostienen; para dar mayor autoridad á sus teorías han incorporado al sistema opiniones de filósofos que aunque pertenecientes al mismo, profesaban ideas completamente opuestas en muchas de las cuestiones fundamentales; lo cual bastaría para convencerse de que este sistema ó es falso en sus fundamentos ó es superior al desarrollo cerebral alcanzando por el hombre, y entonces resulta arbitrario.

En efecto, los espiritualistas que precedieron á Kant admitían el *bien en si* y el *libre arbitrio*; mientras que sus contemporáneos y aún sus sucesores

admitían con él el *imperativo categórico*, *autonomía de la voluntad*, *la dignidad humana*, el hombre, *considerado como un fin en sí* y numerosas teorías antagónicas sobre Dios, el origen del mundo y de los seres, etc. etc.

Las doctrinas de Platón, de Aristóteles, de Descartes, de Leibnitz, de Spinoza, de Kant y de muchos otros se han confundido en este sistema, pero no se han armonizado.

A tres podemos reducir las ideas fundamentales de la Moral espiritualista, á saber: el libre arbitrio, el bien en sí y el deber.

Libre arbitrio — Es la teoría, que afirma que el hombre es dueño absoluto de sus acciones. Para demostrarla se ha dicho: «Supongamos que el hombre no sea libre, y entonces tendrá que cumplir la ley moral por una *necesidad* irresistible, de donde resultará que la ley es inútil; ó en otros casos esta misma *necesidad* no le permitirá cumplir la ley, y entonces la ley resulta absurda. El hombre sería un autómeta.»

Pero este argumento para sostener el libre albedrío se vuelve contra la existencia de éste, pues si el hombre *ha sido creado* tal como es, según lo afirma el mismo sistema, no puede ser responsable de sus acciones, pues para serlo sería necesario que

cada uno fuese el autor de sí mismo y no esclavo de su existencia, como dice Plotino que es.

Otro argumento de que se han servido los espi-ritualistas para demostrar la misma teoría es lo que ellos denominan «*el poder de los contrarios*», y que consiste en averiguar si el individuo ha podido hacer lo contrario de lo que ha hecho en un caso determinado.

Pero para esta comprobación sería menester res-tablecer una igualdad perfecta de circunstancias, de móviles y de motivos, lo cual no es posible, pues-to que al comenzar la experiencia nos encontraría-mos que se ha agregado un elemento nuevo, que sería el deseo de demostrar que podemos hacer ó no hacer lo contrario de lo que antes hicimos. Y como según la definición de la libertad, esta es «*el poder de obrar según las ideas*», si en un momen-to dado obramos de un modo contrario, será según las ideas que en cada caso nos muevan.

Al sostener la existencia del libre arbitrio no se tiene en cuenta la acción recíproca de la inteli-gencia y la sensibilidad, ni la influencia de la he-rencia, del temperamento, del medio, de la coacción y de tantas otras causas internas y externas que deter-minan la conducta é inducen al individuo á obrar en tal ó cual sentido.

La moral científica, lo mismo que el derecho estudian el agente con todas las influencias que lo determinan á la acción, y después de este estudio establecen la responsabilidad, que es solamente relativa. Este es el criterio.

El libre arbitrio ha pasado de moda.

El soberano bien.—Para los espiritualistas, el soberano bien es el pensamiento considerado como un fuego divino, por unos, como esencia eterna ó como perfección absoluta por otros.

«El acto propio del hombre, dice Aristóteles, no es la vida que nos es común con los vegetales y animales. El acto propio del hombre el fin último, el soberano bien, es el pensamiento»

Para nosotros, este concepto del soberano bien es incompleto.

La inteligencia es un bien, porque mediante ella obtenemos el conocimiento y el poder sobre las cosas y fenómenos, lo cual nos es indispensable para orientarnos en la vida y cumplir nuestra misión como seres pensantes y sensibles; pero considerar la inteligencia ó el pensamiento sólo como supremo bien, independientemente del organismo y de la sensibilidad es mutilar el hombre y negar la influencia de los sentimientos, que son la causa determinante más poderosa de las acciones humanas, y

mediante los cuales experimentamos placeres, que son una necesidad de la vida.

Además, si la inteligencia es un bien, no es bien absoluto, pues hay inteligencias, y algunas muy superiores, que se aplican al mal.

Por otra parte, si el poder del hombre se mide por su ciencia, como dice Bacon, y el saber es poder almacenado, el poder no es un bien en sí, sino según los efectos que produce.

Así el poder de una corriente eléctrica haciendo caminar un tren, es bueno; pero esta misma corriente aplicada á un hombre le producirá la muerte.

El soberano bien moral es, en nuestro concepto, alcanzar el más alto grado de perfeccionamiento de nuestra triple naturaleza.

El deber. Los espiritualistas de la escuela alemana admiten con Kant la existencia del deber como una ley absoluta, que no reposa sino en sí misma, y la cual denominan «*imperativo categórico del deber.*»

«Todo individuo tiene la obligación de cumplir esta ley, por la ley misma, prescindiendo de toda otra consideración.»

Otros filósofos que siguen á Platón, á Aristóteles y Leibnitz, establecen que el deber reposa sobre otro deber y que este otro deber no reposa sobre

nada. Aquí se nota una contradicción, pues el deber que reposa sobre otro, es derivado, no absoluto.

Analizando en su conjunto estas dos opiniones, hallamos que, el cumplimiento del deber por el deber, es una fórmula vacía, que no dice nada, pues si el deber se cumple es porque de ello resulta un bien en el sentido del orden, de la felicidad, de la vida, del perfeccionamiento, etc, etc. El deber es derivado de las necesidades y conveniencias de la sociedad y del individuo. Si yo tengo el deber de respetar la vida de otro es porque necesito que se respete la mía, y porque así lo exige la organización de la sociedad y el fin del hombre.

Lo mismo sucede con las leyes: si estas no tuviesen otro fin que cumplirlas, no serían más que una fórmula, un ideal, si se quiere, pero un ideal derivado, cuya causa originaria puede olvidarse.

Cuando amamos la virtud que llamamos templanza, prescindimos de los bienes que ella regala a los que la practican; pero son estos bienes los que le han dado el valor que la virtud tiene.

Toda sanción de una ley se propone algún fin distinto de la ley misma; lo mismo sucede con el deber ó la ley moral: si se ~~ley~~ analiza se encuentra la causa originaria.

Por otra parte, las leyes morales son modificables, no definitivas ni absolutas, y este es el carácter de todas las leyes sancionadas por el hombre: su aplicación es particular no general.

Los espiritualistas prescindían de las doctrinas positivas de sus adversarios, y encastillados en la cumbre en su pensamiento no querían descender al organismo ni al mundo real para estudiarlos experimentalmente con el propósito sincero de conocerle, y se contentaban con la pretensión de que sus adversarios no podían fundar una moral como la suya, y que esta era la única verdadera.

Pero, talentos tan profundos y sútiles, como ha habido tantos entre los espiritualistas, fáltóles, sin embargo, la orientación para sus estudios, el método y las luces de la Psicología moderna, con su base anatómico-fisiológica. Esto no obstante este sistema ha dado su contribución á la ciencia; pero mientras no emplee el método experimental y sea menos intransigente, no corregirá sus errores.

Kant

(IMPERATIVO CATEGÓRICO DEL DEBER MORAL)

Corresponde á este filósofo el mérito de haber erigido en sistema el estudio de la facultad de conocer.

Reclama para la filosofía una absoluta independencia, pues como ella no debe tener otro interés que la verdad, somete todo á la crítica de la razón, ya en su *uso teórico*, es decir la razón suministrándonos los principios directivos del conocimiento, ya en uso práctico, es decir dándonos los principios directivos de la acción, ó sea la moral, que para Kant es sinónimo de *deber*. Y considera á este deber como un don absoluto, como una realidad eterna, más allá del mundo fenomenal, del espacio y del tiempo.

«La razón dice, puede formular dos especies de mandamientos: condicionales é incondicionales». «Si quieres estar sano practica la templanza, es condicional y se puede renunciar al fin, renunciando al medio y este es el carácter de los del *interés*, nin-

guno de ellos puede ser moral. *Debes respetar tu propia voluntad*, es un mandamiento categórico, absoluto, y así son los del *deber*; no son un medio sino un fin. Y la única cosa en el mundo que tiene valor absoluto es la voluntad libre y racional: la voluntad recta la buena voluntad”

La buena voluntad es todo, y es independiente de los resultados. Y aún cuando no quedase más que ella, brillaría con resplandor propio, como piedra preciosa.” Para Kant no importa el éxito sino el esfuerzo, el ejercicio de la voluntad libre, tal es *el bien absoluto*.

“Las leyes morales, dice, prescriben el desinterés y no hay otras virtudes que las que se fundan en el deber. La virtud excluye toda consideración de felicidad ^{personal, pero el que for práctica la primera} y ~~la~~ disfruta ^{en la segunda} en la medida que es digna de ella. Y de la unión de la virtud, como condición y de la felicidad como consecuencia, resulta el *soberano bien*. Pero el bien moral no es sino una parte del soberano bien. El soberano bien entero, consiste en la armonía perfecta de la virtud y de la felicidad, que viene á ser una especie de santidad, de perfección moral absoluta, á la cual la razón práctica nos ordena aspirar; pero que no es posible alcanzar en esta vida, pues supone un progreso continuo é indefinido, y de aquí la necesidad

de la vida futura y la creencia en la inmortalidad y en una causa del mundo capaz de establecer dicha armonía, y por consiguiente dotada de inteligencia y de voluntad, es decir, Dios. De modo que suprimida la creencia en Dios es necesario renunciar á la esperanza del soberano bien.

Del caracter absoluto de la voluntad libre deduce Kant las leyes morales.

Primera ley. «Obra de tal suerte que trates siempre á la voluntad libre y racional en tí y en otro, como un fin y no como un medio.» Por esta ley se considera á todos los hombres iguales y por consiguiente se rechaza la esclavitud en todas sus formas.

Segunda ley: «Obra como si fueras legislador al mismo tiempo que subdito de la república de las voluntades libres y racionales.»

Tercera ley: «Obrá de tal manera que la razón de tu acción pueda ser erigida en ley universal»

En resumen, toda la moral de Kant se reduce á prescribir, con caracter de imperativo categórico, el respeto á la libertad propia y de los demás, y el ejercicio de la voluntad, conforme á los principios impuestos por la razón, é independientemente de todo móvil sensible.

El respeto absoluto de la libertad es también para Kant el fundamento del derecho civil. Y el dere-

cho internacional descansa sobre los mismos principios. Considera á las naciones como personas que no deban enagenar su autonomía.

El proyecto de paz perpétua es notable, y Kant creía que se realizaría con el tiempo, no solamente por los progresos del derecho, sino también por los del propio interés. «Los intereses económicos, dice, acabarán por hacer imposible la guerra.»

Kant no está en lo cierto cuando considera el deber como invariable y absoluto, pues todas las manifestaciones humanas están sometidas á la ley de la evolución. Su concepción demasiado estática le hace olvidar la historia y excluye de la moralidad todo lo que no obedece al deber puro; y no solamente desconoce el poder del determinismo de las acciones sino que abandona al individuo á su propia libertad para que obre conformé á su voluntad.

Kant, dados los fundamentos de su moral no tenía derecho para hablar de la creencia en Dios y de la vida futura, pues ó la persona obedece á la ley únicamente por respeto á la ley misma, según Kant lo quiere y solamente á este precio es moral la conducta, ó bien se la obedece sabiendo que Dios tendrá cuenta de las acciones y entonces se obra por interés y no por respeto á la ley; y hemos visto que Kant rechaza por inmoral, no solamente to-

do móvil interesado sino hasta la felicidad.

Si este filósofo de talento tan sutil, hubiese podido disponer de los adelantos de la Psicología moderna, quizá, hubiese sido una eminencia en la filosofía científica, pero por la época en que apareció no pudo ser sino un metafísico profundo con chispazos de positivista, como lo demuestra entre otras cosas su proyecto de paz perpétua, que es lo más notable lo más claro, lo más humano y tal vez lo más útil de su moral.

Bentham

(MORAL DEL INTERÉS)

El único móvil de nuestras acciones es, para Bentham, como para Hobbes y Helvecio el *interés personal*. Todo hombre es necesariamente egoísta, y ninguno levantará por otro la punta de un dedo, sinó tiene en ello algún interés personal, dice Bentham. Y agrega, « la moral no es más que la regularización del egoísmo, y el criterio del bien es el mayor placer, no significando nada la *calidad*, sinó la cantidad.»

Pretendió fundar la Moral sobre la Aritmética y poner la felicidad al alcance de cualquiera que supiese hacer una adición. Su método es, pues, la Aritmética.

Cada placer tiene siete caracteres: intensidad, duración, certidumbre, proximidad, pureza, exten-

sión y fecundidad. Cada una de estas cualidades puede expresarse por un coeficiente; y comparando los placeres bajo estos siete aspectos, no hay mas que elegir el que represente mayor suma.

Así, para expresar el placer de la templanza y el de la embriaguez se podría hacer este balance:

TEMPLANZA:

intensidad—duración—certidumbre—proximidad—pureza—extensión
+ 30 + 20 + 20 + 30 + 40 + 50

fecundidad
+ 50 = 240

EMBRIAGUEZ:

intensidad—duración—certidumbre—proximidad—pureza—extensión
+ 30 + 20 + 20 + 10 — 40 — 40

fecundidad
— 60 = 60

Según este cálculo no se puede dudar que el placer de la templanza es superior al de la embriaguez; luego, según Bentham, se debe elegir el primero.

La moral de Bentham considera como meritorias y morales acciones que son contrarias á la verdadera moral.

Lo único que Bentham exige es que el individuo sea bastante hábil para procurarse una cantidad po-

sitiva de placer: la procedencia, la forma, el medio, la calidad, la duración, nada importan. Así, si el ladrón puede sustraerse á la pena y disfrutar lo robado, su conducta es moral.

El principio en que basa Bentham su moral es falso y contradictorio; pues la moralidad no consiste en el egoísmo puro, ni en la satisfacción de placeres de cualquier clase, obtenidos á cualquier precio, sino en las satisfacciones legítimas de las necesidades del hombre, según las manifestaciones triples de su naturaleza, su carácter de unidad social con derechos que ejercitar y deberes que cumplir, respeto á los demás hombres, y teniendo como ideal su perfeccionamiento.

Si el hombre debe perseguir siempre la mayor cantidad de placer, sin tener para nada en cuenta la *calidad*, optaría, preferentemente por los placeres sensuales, los cuales concluirían por poner en peligro su salud y su existencia, y el placer resultante sería menor.

La **A**ritmética es inexplicable, pues los actos que son placeres para unos no lo son para otros, y entonces el coeficiente sería completamente arbitrario. Así, para un bebedor consuetudinario la embriaguez resultaría con una suma positiva de placer, y entonces continuaría con su vicio.

Y los placeres no solamente varían de un individuo á otro sino que varían también en el mismo individuo en situaciones diferentes de su vida y de sus estado de conciencia. De modo que querer dar reglas generales, objetivas, para alcanzar lo que es esencialmente individual, subjetivo, es una utopía, un contrasentido.

La moral de Bentham, posponiendo la cantidad del placer á toda otra condición, rebajaba la dignidad del hombre y lo colocaba en la condición de un ser muy inferior.

Pretendió conciliar el interés individual con el social valiéndose para ello de la simpatía, pero tal simpatía resulta paradógica si se acepta y se justifica que ningún hombre mueve por otro un solo dedo, y que la verdadera moralidad depende de la mayor cantidad de placer que cada uno pueda proporcionarse.

Bentham, fiel á su doctrina utilitaria, dispuso en su testamento que después de su muerte se utilizase su esqueleto.

Es el fundador de la moral inglesa contemporánea, y su escuela ha ejercido mucha influencia en el carácter utilitario, práctico y algunas veces absorbente del pueblo inglés.

Stuart Mill

(MORAL UTILITARIA)

Pertenece á la escuela inductiva, escuela que quiere que el bien y el mal se los explique por medio de la observación y de la experiencia.

Para Stuart Mill, el sentimiento moral es *natural*, sin ser *innato*. El hombre lo adquiere por la práctica de las acciones morales, así como por la práctica adquiere la facultad de hablar, razonar, de cultivar la tierra, etc.

El principio sobre que reposa su sistema es el de la negación de la libertad moral absoluta, admi

tiendo una cierta libertad, pues Mill se coloca en la mayor parte de las cuestiones en un punto intermedio. Moralista inductivo admite una semi-conciencia moral, resultado de la asociación en el pensamiento del hombre de su felicidad con la de la especie. Utilitario, su punto de partida es el egoísmo, pero admite una cierta virtud. La virtud es para él un bien que originariamente no se ha deseado ni practicado, sino por el placer que se proporcionaba ó porque ponía el hombre al abrigo del dolor, pero, gracias á la asociación del *fin* con el medio, la virtud ha llegado á ser considerada como un bien en sí misma, y cuya posesión se desea.

El bien es el placer, pero en el placer se debe considerar la *calidad*. "Ningún ser inteligente querría ser un imbécil, ningún individuo instruido un ignorante, por más que estuviese persuadido que el imbécil y el ignorante están más satisfechos con él lote que les ha tocado."

El supremo bien es la felicidad, entendiendo por tal el placer y la ausencia de pena; pero no se trata de la felicidad individual sino colectiva, de la cual resulta un bien supremo para el individuo. Las acciones son buenas en proporción á la tendencia á producir la felicidad.

El ideal de la moralidad es que el hombre rea-

lice el bien, no por temor al castigo, sino por naturaleza, y no solamente realice el bien, sino que sea incapaz de conceder la posibilidad del mal.

“La moral utilitaria, dice Mill, reconoce en los hombres la *facultad* de sacrificar su mayor bien personal al bien de los demás.”

Pero no es una facultad lo que pedimos los partidarios de la moralidad, dice M. Guyau, es una obligación.

Sin embargo, me parece que basta la facultad puesto que ésto será un resultado del ejercicio y del hábito, como son todas, y como tendrá su poder funcional propio, ofrece mayores garantías á la moralidad que la simple obligación. Hacer orgánicamente bueno al hombre, es lo que se quiere.

Uno de los puntos más vulnerables de la moral de Stuart Mill está en la valuación de los placeres, pues someter éstos al criterio de un tribunal que los haya experimentado, como lo pretende Mill, y si hubiere disidencia ~~en~~ aceptar la opinión de la mayoría como definitiva y que sirviese de norma de conducta, es incurrir en el mismo ~~error~~ ^{quería corregir,} que Bentham, tomando como absoluto lo que es relativo, pues el placer tiene este carácter.

Además Mill dá poca participación al criterio individual, puesto que el individuo debe consultar

muchas veces opiniones ajenas para saber la conducta que ha de seguir. De aquí resultaría que en muchísimos casos el hombre no sería dueño del mérito de sus acciones como hombre, y en otros tendría que sufrir las consecuencias de faltas cometidas según un criterio ajeno. Hay exceso de formalismo en esta parte del sistema, y los jurados sobre los placeres y las penas serían infinitos. Y la conciencia moral que el filósofo atribuye al hombre, así como la dignidad y la nobleza que aconsejan resultan sometidos á un arbitraje eterno, aún para nuestra conducta privada.

Ha confiado también demasiado en la asociación, en la inteligencia, de intereses discordantes, como la felicidad personal y la universal. Y después de haber concedido como soberano bien la felicidad, concluye por declarar que para ser feliz no hay más que un solo medio, y que consiste en tomar por fin de la vida no la felicidad sino un fin extraño á ella.

Con todo, la moral de Stuart Mill contiene elementos preciosos que se han incorporado á la moral de la evolución.

A. Comte

(MORAL POSITIVA)

Tiene muchos puntos de contacto con la moral de la evolución. Sus principales representantes son Augusto Comte y M. Littré.

El objeto de la Moral según esta escuela es *atofiar* ^{atofiar} fiar los sentimientos egoistas y hacer predominar sobre ellos los altruistas.

El ^{do} método es la observación y experimentación de hechos y fenómenos, haciendo abstracción completa de las cuestiones metafísicas.

Su caracter es considerar que las cosas son lo que deben ser, y entonces no sorprenderse ni indignarse por nada y para modificar ó substituir no se debe proceder con violencia.

Comte divide los sentimientos en diez instintos. Considera el primero, que es el de conservación, como el más egoísta y enérgico. Siguen después el sexual, maternal, militar ó de destrucción, industrial ó constructor, ambición, vanidad, simpatía, veneración, bondad. Considera á los siete primeros instintos como egoístas y á los tres últimos como altruistas.

Littré, recurre á la fisiología para buscar el origen de los sentimientos, y encuentra que son dos los sentimientos irreductibles, cuyo carácter es la *necesidad*, y son el de la conservación, que dá origen al egoísmo, y el de la propagación de la especie que dá origen al altruismo. La transformación de estas necesidades fisiológicas en necesidades morales se opera en el cerebro, que es el órgano elaborador. La nutrición, pone en ejercicio las facultades intelectuales y morales para alimentar los órganos y estos se vigorizan.

Lo mismo la necesidad de engendrar, de dar vida á otro ser, puede por evolución convertirse en sociabilidad, patriotismo, etc.

La lucha entre estos dos órdenes de sentimientos constituye la vida moral, y en esta lucha triunfan los sentimientos altruistas, como más complejos y eminentes. La especie vale más que el individuo

y éste debe sacrificarse á aquélla, pues si el bien es la adaptación al fin, el mayor bien es la mayor comprensión del bien.

Además de los sentimientos egoistas y los altruistas, la escuela positiva admite los sentimientos desinteresados, que se aplican á ideas puras, y son el amor á lo verdadero, lo bello y lo justo.

«El deber es una inclinación intelectual.»

Comte dice que la conciencia humana ha pasado por tres estados sucesivos: teológico, metafísico y positivo. Pero esta observación la había ya hecho Turgot.

El único principio que esta escuela acepta como absoluto es que *«todo es relativo»* y según este principio divide la moral en absoluta y relativa; pero acepta como la única posible la relativa, que tiene en cuenta el lugar, el tiempo, la naturaleza humana y el medio ambiente. La moral absoluta es la de los teólogos y de los metafísicos.

Los positivistas conceden gran influencia moral á la mujer, en el hogar y en la sociedad.

Prestan también mucha atención al proletariado, para el que reclaman más consideración.

Comte quiere organizar la sociedad por medio de la ciencia, confiando la autoridad á una corporación de sábios.

Dice que el triunfo del altruismo se considera mediante la ciencia y la educación. Esta última la define así: la ciencia que tiene por objeto perfeccionar el agente para mejorar el producto. No puede darse una definición más concisa y exacta.

Ha fundado una nueva religión, en la cual coloca como Gran Ser ó Dios á la humanidad.

El positivismo francés concede demasiada preponderancia en la moralidad, á las facultades intelectuales.

El predominio tan absoluto del altruismo sobre el egoísmo es una utopía y no conduciría á la verdadera moralidad. Sin embargo, es bueno tenerlo como ideal, pero nada más.

El génesis de los sentimientos morales, aunque demasiado orgánico ^{completa} ~~amplia~~ más la teoría que sobre lo mismo establece la moral de la evolución.

Esta escuela vá ampliándose cada vez más, pues incorpora todas las verdades demostradas.

Spencer

(MORAL DE LA EVOLUCIÓN)

Spencer, como Darwin, dice que los animales poseen un *instinto social*, adquirido en la lucha por la vida y en la selección natural, y trasmisible por la herencia. Este instinto es el genesis los sentimientos morales. Los elementos más importantes son el *amor* y la *simpatía*. Este instinto es primero automático, en las especies inferiores, luego consiente y reflexivo cada vez más, á medida que nos elevamos en la escala de los seres.

Y tanto el filósofo como el naturalista han inducido ésto de observaciones y experiencias numerosas en las especies animales y en los diversos grupos humanos. Pero Spencer ha tenido una concepción más vasta sobre el desarrollo de los seres, pues abraza todo el universo y establece que la Moral no debe separarse de la Cosmología, pues las leyes generales que rigen á esta son también aplicables á la conducta. Y como todo está íntimamente ligado con el universo, por relaciones necesarias de interdependencia, para estudiar inductivamente al hombre en todo su conjunto y en su finalidad, es necesario también estudiar el universo físico, del cual el hombre es un producto formado mediante la evolución.

Spencer quiere saber porqué ciertos modos de la conducta son ventajosos y porqué otros son funestos, y de aquí la necesidad de que la moralidad sea deducida de las leyes de la vida y de las condiciones de la existencia, que son los motores de la acción; y encuentro que la ley que las comprende á todas es la de la *evolución*.

Esta ley es el pasaje de la uniformidad á una variedad armónica; y sus elementos son la persistencia de la fuerza, la transformación y correlación

de la misma y el movimiento rítmico, ó sea la evolución y la disolución.

Spencer considera, como los utilitarios, que el fin último de la vida es la felicidad, pero se separa de ellos en que no acepta que la felicidad sea el fin próximo. El fin próximo, según él, son los actos mediante los cuales se llega á la felicidad.

La ley moral establece la libertad en la igualdad, y mediante esta ley el individuo puede llegar á la perfección. «Y cuando todos los hombres ajusten su conducta á esta ley, y que cada uno, una en su corazón á un amor activo por la libertad, sentimientos de simpatía para sus semejantes, se habrá alcanzado la vida perfecta y el hombre habrá llegado á su más alta moralidad, y todos sus actos se ajustarán perfectamente á sus fines, como miembro del cuerpo social á que pertenece.» Pero esta libertad igualitaria no es para Spencer la república ideal imaginada por Kant, en la cual cada individuo debía ser autónomo.

Spencer considera á la sociedad como un organismo con funcionamiento armónico y en el cual cada hombre es una célula viviente, con funciones correspondientes y correlativas con el agregado.

Y el ideal del hombre es su completa adaptación á la sociedad, pues la sociedad es el medio en

Actual él puede vivir, y recíprocamente la adaptación de la sociedad al individuo es el ideal social. Pero de la ley de la evolución deduce Spencer que hay un progresivo perfeccionamiento de los seres, admitiendo, entonces, que la existencia es un bien y una necesidad para el mejoramiento humano, y que las acciones morales deben tender á asegurar la mayor y mejor vida para las unidades y el agregado social.

Nuestro estado actual es todavía de guerra, pero nos encaminamos al de la paz, de cooperación pacífica hácia la libertad y la igualdad, en cuyo estado las condiciones de la existencia de la especie, sus deseos, obedecerán espontáneamente á la gran ley económica de la oferta y la demanda, es decir á la justicia, mediante la cual se asegurará el equilibrio y la armonía.

«Llegará un día en que la conducta moral, sea la conducta *natural*, el deber concluirá por ser un placer que se cumplirá espontáneamente, por hábito.»

La sanción moral para Spencer, es la necesidad, de la obediencia á las leyes naturales, que asegurarán el equilibrio final de la sociedad. Toda violación á estas leyes trae como consecuencia una pena.

Spencer rechaza el altruismo puro como norma

de conducta moral, porque dice que, "el sacrificio de sí mismo es un mal para todo el mundo y nos conduciría á un callejón sin salida, pues para que el altruismo sea practicado por unos es necesario que el egoismo sea practicado por otros; y si todos fuesen altruista, no habría quien aceptase los sacrificios de los demás," al menos que nos convirtiésemos en una nueva especie de infusorias con funciones complementarias, y nos privásemos de nuestra personalidad.

Cada individuo debe procurar bastarse á sí mismo, de modo que trate de hacer inútil el sacrificio de los demás para él.

La Moral, dice, debe reconocer esta verdad, ordinariamente proclamada por la inmoralidad, que *«el egoismo es anterior y superior al altruismo.»*

La doctrina de la evolución ha sido y es muy combatida por los teólogos y los metafísicos, pero sus mismos enemigos han venido á refugiarse en ella para explicar y dar algún crédito á muchas de sus teorías.

Una de las objeciones que se le ha hecho, y que se ha creído es de gran peso, es la referente al origen del hombre, pues se ha considerado como groseramente depresivo para nuestra especie ser des-

endiente de un animal inferior; pero la ciencia acepta como verdadera la derivación.

Además, es ménos depresivo para la dignidad humana descender de un ser inferior, que haber sido un angel, con todas las perfecciones y virtudes que á éstos caracterizan y haber *caído* en el pecado, arrastrando la maldición divina.

Se dice que la Moral de la evolución es insuficiente, estrecha y exclusivista, porque no aborda ciertos problemas metafísicos, como el de la inmortalidad del alma, el bien absoluto, etc; pero como doctrina positiva no debe emplear su tiempo expresamente en cuestiones trascendentales, pues iría en contra de su propio espíritu. Por otra parte, estas cuestiones están resueltas en sentido negativo en la misma doctrina de la evolución y se desprenden de las soluciones que dá á los problemas morales que trata.

Se le censura por haber prescindido de la estética, y creemos que esta crítica es justa, pues la influencia de la ciencia de lo bello, es muy benéfica para la moralidad.

Fouillée acepta lo fundamental de la Moral de la evolución, pero critica, sin embargo á Spencer el haber insistido demasiado sobre la acción de la naturaleza y de las sensaciones externas y descuidado

la reacción de la inteligencia, mediante la cual el hombre se forma un ideal superior de la conducta.

Nosotros creemos también que la moral de la evolución ha dado poca importancia á la dinámica mental, pues concebir lo bueno es un primer trabajo para realizarlo, puesto que en la gran mayoría de los casos, la acción no es más que la continuación de la idea asociada á los sentimientos.

La moral de la evolución es, por hoy, la más autorizada, por los principios científicos en que reposa.

choque de dos átomos se rompió el equilibrio molecular de la gigantesca masa, produciéndose un gran cataclismo: la ruptura del caos; y el espacio sideral quedó sembrado de infinitos mundos, que obedeciendo á la ley de la gravitación universal, descubierta por Newton, constituyeron innumerables sistemas de astros que siguieron su movimiento rotatorio al rededor de un núcleo central.

Después, debido á la acción de los agentes naturales y á las leyes del movimiento, fué modificándose lentamente la masa de los mundos, y la tierra, como uno de tantos, después de apagado en su superficie el colosal incendio producido por su desprendimiento de la nebulosa primitiva, empezó á descubrir sus secretos y aparecieron los primeros minerales. Más tarde, modificadas las condiciones de la superficie del planeta suficientemente para el desarrollo de la vida orgánica y merced á las composiciones y descomposiciones de los cuerpos, aparecieron los primeros vegetales, y luego de los vegetales los animales.

En este proceso de la materia, lo homogéneo y lo indefinido precedió á lo heterogéneo y definido. Las formas que primero se destacan son las más sencillas y las más incompletas; vienen otras luego, más complejas y más completas, derivadas de las

anteriores. Así en el reino animal los primeros en aparecer son los zoófitos y protozoarios, siguientes los moluscos, después los articulados, por fin los vertebrados, entre los cuales se encuentra el hombre como último término de la serie y principio de la vida psíquica.

Tal es el plan, el orden y método seguido por la Naturaleza y aceptado por la razón como el que más la satisface.

El mundo inorgánico y el orgánico no son sino dos mundos distinto de una misma sustancia, que en el infinito laboratorio del espacio, constantemente en actividad, se forman, se alimentan y se destruyen recíprocamente. Y en esta perpétua transformación de los seres, que implica una perpétua lucha por la vida, lucha para la cual todos están armados, desde las células que componen el tejido orgánico hasta el hombre, triunfan los más fuertes y que mejor se adaptan á las condiciones de la existencia.

Esta superioridad orgánica y de adaptación se transmite de una generación á otra por medio de los sobrevivientes de cada especie y así se va produciendo la selección natural y también la artificial; asegurando ambas el mejoramiento de las unidades y del agregado.

Aplicando al hombre las leyes de la herencia, el transformismo y la selección, que rigen á los fenómenos biológicos, y teniendo presente las conquistas sucesivas realizadas por la especie en el curso de su evolución, partiendo del troglodita, primer eslabón con que principia la série, y deteniéndonos en el hombre civilizado actual, surgen estas satisfactorias reflexiones: si la vida es lucha, todos estamos provistos de armas para el combate. De modo que esta lucha no es más que el ejercicio de nuestros órganos, de nuestras aptitudes; y mediante ella se realiza el progreso indefinido, que es la ley suprema del universo biológico.

Y el hombre, ser superior de la evolución orgánica, que con el poder de su inteligencia ha llegado á descubrir las leyes más recónditas de la Naturaleza y con ellas la ha dominado, haciéndola servir dócilmente para satisfacer mejor sus necesidades y asegurar el progresivo perfeccionamiento de la especie, no puede, sin desconocer su misión y rebajarse á sus propios ojos, decir que la vida es mala, como lo declaran los pesimistas, y que por consiguiente debe procurarse el aniquilamiento, la extinción, la nada, el *Nirvana* del budismo ó la extinción del deseo de vivir y la *euthanasia* de la voluntad de Schopenhauer y sus discípulos, como tér-

mino de una existencia que es una eterna odisea, en que nacemos llenos de necesidades; é impotentes para satisfacerlas, nuestros padres tienen que encargarse de esta tarea hasta que nosotros podamos llenarla. «Cuando ya esto sucede nos encontramos con que cada necesidad es un dolor, y para « satisfacerla otro dolor nos cuesta. Satisfecha á « á este precio cada necesidad sentimos otra y otra. « que demandan nuevos sacrificios, nuevos dolores, « Y así indefinidamente recorreremos el círculo de la « vida, que es una especie de historia natural del « dolor que se resume así: querer sin motivo, pa- « decer siempre, luchar perpetuamente y luego mo- « rir, y así sucesivamente por los siglos de los si- « glos hasta que nuestro planeta se desmenuce en « innumerables fragmentos.»

Pero nó, los pesimistas que esto dicen no tienen razón para afirmar que la vida es mala, pues lejos de considerar como un dolor las necesidades humanas y el exfuerzo que tenemos que hacer para satisfacerlas, debemos considerarlas como un placer y como un bien, pues ellas responden perfectamente á nuestra estructura orgánica y á las funciones vegetativas y de relación que le son inherentes y que merced á ellas se consigue la propagación, conservación, desarrollo y perfeccionamiento del indi-

viduo y de la especie. Además, la lucha va perdiendo cada vez más su fiereza. Pasamos por un periodo de transición del estado bélico al de cooperación pacífica, en el cual, á la lucha por la vida sustituirá el *trabajo por la vida*.

El trabajo, que es vida y ha sido considerado como una maldición por el mosaismo, es aceptado como una bendición por la ciencia.

Y sistematizado y generalizado, como va siendo cada día más, será más fecundo, más humano, más conforme á la armonía y equilibrio social y á nuestra finalidad; mediante él llegaremos á un conocimiento más completo de las leyes naturales que rigen los fenómenos físicos, intelectuales y morales, y podremos así disfrutar de la felicidad que es posible en la tierra; nos regeneraremos socialmente y el *homo hominis lupus*, tendrá que sustituirse por *homo homini frater*.

Ni optimistas ni pesimistas absolutos, reconocemos que en la vida hay placeres y dolores; que al lado del Capitolio está la roca tarpeya; pero por esa tendencia natural de los seres á buscar cada uno su felicidad, creemos, con la moral evolucionista, que «se concluirá por buscar la felicidad común; se producirá una compenetración de los individuos, por la cual cada uno será como una pequeña socie-

dad semejante á la grande, y la sociedad como ún gran individuo semejante á los pequeños.»

Este es el ideal y hácia él marcha la humanidad desde su aparición en el escenario del mundo.

Muchas etapas lleva ya recorridas y el viaje es interminable; pero avanza, avanza siempre, cada vez con paso más seguro, iluminando su camino con la antorcha de la ciencia, que ella misma ha encendido y cuyo fuego alimenta con más religiosidad que las vestales romanos el templo de su sacerdotisa.

Los que no triunfan sucumben primero, pero no porque la vida sea mala, sino porque faltos de fé y llenos de exceptisismo no saben adaptarse á las condiciones de la existencia y ellos mismos labran su impotencia, ó la aumentan, si la han heredado.

Aniquilarse con la esperanza de la *palingenesia* ó de los goces de una vida paradisiaca es, por lo ménos, exponerse á no poder siquiera aprovechar la experiencia de una resolución tan radical.

Llegar á la *euthanasia* es volver al punto de partida, reconstruir el caos.

Nó, la vida es buena y cada día se hace mejor con el esfuerzo de todos, aún con el de los que la consideran mala; y, como dice Spencer, «vale la pena de vivirla.» Vivámosla; no como los monitos de

Darwin, ni como los chanchitos de Epicuro, ni como los ascetas místicos ó cínicos sinó como el hombre de Ameghino, que afirma ha de nacer hablando.

¡Excelsior! *Projetum.*

Objeto y definición de la moral

El concepto, cada vez más humano, más definido y completo que se tiene del hombre, como consecuencia de habersele estudiado con criterio independiente, despojado de prejuicios y á la luz de los principios de la Cosmología, la Geología, la Psicología, el Derecho y la Sociología ha borrado muchas diferencias, que la ignorancia, la rutina, el egoísmo, la arbitrariedad y el despotismo de estados sociales inferiores, habían establecido, y se pregonaban por heraldos, que se decían de la divinidad, y que la ceguera é impotencia de las masas aceptaban con religioso respeto y profunda sumisión.

En el estado actual de las ciencias el hombre ha dejado de ser una fantástica creación de un po-

der ultraterreno para convertirse en un producto espontáneo, hijo de la evolución de la sustancia viviente, elaborado durante siglos en la corteza del planeta que habitamos.

La Moral acepta que la vida es buena; y teniendo en cuenta la comunidad de origen y de aptitudes de los hombres, tiene por objeto reglar la conducta, á fin de que tanto las unidades como el agregado social puedan alcanzar la mayor y mejor vida, disfrutar de la mayor suma de felicidad, compatible con el altruismo y asegurar más y más el perfeccionamiento de la especie.

La verdadera moral no puede proponerse procurar la felicidad para un reducido número de individuos, puesto que si la felicidad es posible, es mediante la síntesis del progreso, que es el resultado del común esfuerzo de todos los hombres, y, por consecuencia, todos tienen derecho á disfrutar de sus beneficios.

No es el mayor bien de un reducido número de privilegiados lo que la Moral se propone alcanzar, porque esto sería retrogradar en nuestras conquistas sociales, que tanta sangre, lágrimas y sacrificios sin cuenta han costado á la humanidad; sería basarse en una injusticia, en un error, y la moral que tuviese esta base sería una moral falsa, desti-

nada á desaparecer bien pronto, porque llevaría en sus flancos la fuerza que habría de destruirla.

La verdadera moral quiere resultados estables por eso procura que el hombre practique aquellas acciones que se ajusten mejor á su fin, y *teniendo como ideal* el predominio de los sentimientos altruistas, del cual estaremos más cerca cuando la facultad ó el órgano de que estos sentimientos dependen, sea, por lo ménos igual en su energía estática á su función dinámica.

Y como el ejercicio vigoriza los órganos, y aun crea nuevos, el hombre que habitualmente practique el bien llegará á ser orgánicamente bueno. Y el egoismo estrecho, la coerción, ó el temor no serán los únicos móviles que nos impulsen á obrar bien. A este resultado llegaremos más que por los preceptos morales por las acciones morales que el hombre ejecute, que son las que han de mejorarle. Y por la ley de la herencia irá fijándose también en la especie este mejoramiento; el cual no solamente ha de beneficiar al ser humano sinó que este beneficio alcanzará á todos los seres organizados, que con nosotros comparten la vida, pues contamos con numerosas sociedades protectoras de animales, y aunque algunos espíritus frívolos pretenden ridiculizar á los que las sostienen y las propa

gan, la verdad es que ellas contribuyen eficazmente á la moralización de las costumbres, pues no solamente trabajan para suprimir espectáculos brutales, de que se hace víctimas á las pobres bestias, que tantos beneficios nos prestan, sinó que contribuyen también á despertar y fortificar en nosotros sentimientos de piedad, que han de ir sobreponiéndose á los instintos bélicos y preparando el triunfo definitivo de sentimientos más nobles y más conformes con la razón, con la justicia y con el bien.



«*Ciencia de las costumbres*», frase con la cual generalmente suele denominarse y aún definirse la Moral, nos parece que si explica la etimología del término no expresa claramente el concepto de esta ciencia, pues la costumbre implica lo pasado y lo presente, y la Moral, si bien estudia la conducta en ambos tiempos lo hace con el propósito de conocer, explicar y juzgar los hechos para recoger experiencia, que también es ciencia, y según ella prescribir reglas á la conducta humana tendientes á asegurar el mejoramiento del hombre.

La Moral es, especialmente ciencia de previsión, como es la Higiene; es ciencia de utilidad positiva no de simple erudición.

No se limita tampoco á estudiar las costumbres aisladamente, sinó que investiga las causas físicas y psíquicas, individuales y sociales que las han generado, estudia el ambiente en que se desarrollan y no se basa en las costumbres buenas ó malas, para moralizar, sinó en la ciencia, que siempre es buena. Conoce para poder no simplemente para saber.

Nosotros definiríamos la Moral así: *La ciencia que estudia y juzga la conducta humana, individual y colectiva, teniendo en cuenta los factores determinantes, y dá la norma general para las acciones, á fin de que los hombres puedan alcanzar el mayor grado de perfeccionamiento armónico de sus facultades.*

Espíritu y método

La doctrina de la existencia de un sentido moral de origen natural, engendrado por las actividades internas y externas del individuo y de la sociedad, mediante la evolución de las cosas y de los seres, y trasmisible por la herencia, va penetrando más y más en los espíritus, aumentando el número de los convencidos de esta doctrina y alejando del escenario, y dejando cada vez más solos á los partidarios del libre albedrío, que sostienen que el hombre es dueño absoluto de sus acciones. independientemente de todo mandado divino, de toda influencia, y coerción exterior; y también á los fatalistas y á los que subordinan la autoridad de la conciencia á mandamientos emanados de Dios.

El hombre, á medida que ha ido adquiriendo mayor desarrollo intelectual ha ido también convenciéndose que el saber no es patrimonio exclusivo de una clase privilegiada, nacida como Minerva de la cabeza de Júpiter, sinó que todos los hombres son capaces de poseer y poseen ciencia; por eso se ha hecho ménos exclusivista y ménos intolerante con las ideas ajenas y ha aprendido á respetar las opiniones de los demás. La experiencia que ha ido acumulando sobre las cosas y los fenómenos le ha demostrado cuántos errores ha cometido y cuán ilusorias habían sido muchas cosas que había aceptado como reales; y entonces se ha convencido que sus facultades son muy limitadas y que no puede aspirar al conocimiento *absoluto* sinó al *relativo*, y á tomar estos conocimientos con carácter *provisorio* más que *definitivo*, á no afirmar ni negar nada á *priori*, ni de una manera categórica sinó aquello que pueden ser observable y experimentable, y aún así, aceptarlo no como la posesión del conocimiento de lo que las cosas son en sí, ó en en su esencia, sinó como se nos presentan á nuestros sentidos, á nuestra facultad de conocer, á nuestros medios de investigación, á nuestros estados de conciencia.

Sabe que el hombre está sujeto á la necesidad y dirige sus investigaciones á conocerla, con el pro-

pósito de satisfacerla si es buena ó modificarla si es mala, ya sea debilitando su imperio por nuevas y variadas causas que se le abran, para que por ellos se manifieste y produzca algún ó mayor bien, ó inmunizándola para producir el mal, de acuerdo todo ésto con la ley de la dirección y resistencia de las fuerzas. Sabe que no hay efecto sin causa ni causa sin efecto y que «es necesario observar los principios para disfrutar de las consecuencias; y si á pesar de creer que estos han sido observados y los efectos no son los que él esperaba, no culpar de ello á los hados ni á ninguna causa sobrenatural sinó á error ó ignorancia propia; que todas nuestras acciones dependen de motivos y son el resultado de causas naturales, externas é internas y no de una *voluntad libre*. «Que el tigre es, según la expresión feliz de un positivista, un estómago que tiene necesidad de mucho alcohol, el criminal un cerebro que se inyecta de sangre; que en Aritmética no hay números fastos ni nefastos, en Astronomía astros amigos y enemigos, cielos clementes é irritados»; que la naturaleza humana es perfectible y la perfectibilidad ley soberana y que para aproximarse á ella es necesario resolver numerosos problemas, que el universo debe ser estudiado no por si mismo sinó para la humanidad; que se debe bus-

car lo útil con ayuda de lo verdadero y de lo bueno, para asegurar la mayor estabilidad, procurando, al mismo tiempo lo bello en el orden de la conducta como en el de las formas visibles y sustraerse á lo malo sin odios y sin cólera, convenciéndose que cada ser es lo que puede y debe ser, dada su constitución y las mil influencias conocidas ó desconocidas que hacen de él lo que es porque no podían haber hecho otra cosa.

En presencia de todos estos antecedentes, el espíritu de la Moral científica, que será la que resultará del conjunto sistematizado de los mejores materiales de los otros sistemas es, ser *amplia*, pues admite todas las teorías, ménos las que son falsas ó absurdas y contrarias á las leyes de la naturaleza y al perfeccionamiento humano; *relativa*; aunque acepta que la naturaleza humana es la misma, sabe que el concepto de la moralidad es muy distinto en los pueblos de distinta civilización, y aún en el mismo individuo en diferentes situaciones de la vida, ni aspira tampoco al conocimiento del bien absoluto como esencia, pues todo lo trascendente lo deja á la Metafísica; es *provisoria*, pues las reglas que ella traza á la conducta son modificables por la evolución, como modificadas han sido en el curso incesante de los siglos; *útil*, pues procura satisfacciones

legítimas y provechosas y la regeneración y el mejoramiento humano, mediante el conocimiento y la aplicación de las leyes que rigen los fenómenos; no emplea el tiempo discutiendo sobre la solución de los primeros principios, sino que se ocupa de problemas de utilidad real; *critica*, pues no incorpora nada á sus doctrinas sin someterlo al criterio de los principios y leyes morales que tiene establecidas.

* * *

Método. — Todo fenómeno del mundo exterior que se produce con una cierta energía capaz de impresionar nuestros sentidos produce en nosotros una sensación particular. Esta sensación nos dá un conocimiento, tanto más definido y completo cuanto más normal es el estado de conciencia en que nos encontramos, mayor la atención con que hemos observado el fenómeno y más detalles y mayor número de relaciones conocemos sobre él.

Los fenómenos externos que nos impresionan son pues, una fuente de conocimientos.

Si tomamos dos niños, uno hijo de padres civilizados y el otro de salvajes, y sometemos á ambos al aprendizaje de las materias que comprenden los programas de nuestras escuelas, el primero de los niños aprenderá fácilmente lo que se le quiere en

señar, mientras que el segundo encontrará para ello gran dificultad y muy imperfectamente asimilará las materias que se le enseñen. Es que las aptitudes psíquicas que la herencia psicológica de sus antepasados ha fijado en el primer niño son de la misma clase que las que se necesitan para la adquisición de los conocimientos á cuyo ejercicio ha sometido sus facultades; de aquí su facilidad para aprender, sucediendo todo lo contrario con el segundo niño.

Tenemos pues así dos fuentes de conocimientos: una producida por las sensaciones externas y otra por la herencia psicológica. Ambas se auxilian y complementan dando más claridad y certeza á nuestras percepciones, y constituyen la base del método experimental, aplicado hoy con el mejor éxito no solamente á las ciencias naturales sino también á las sociales.

Este método, que nos parece es el que conviene á la moral científica, observa los hechos de las sensaciones externas ó internas, según los efectos producidos en la conciencia, luego provoca esos hechos restableciendo las condiciones en que se han producido ó variándolas hace la experimentación; confronta y clasifica y establece las relaciones constantes y generales, es decir las leyes á que obede-

cen los fenómenos estudiados; y es sobre estas leyes que reposa la aplicación científica. Según como los fenómenos se ajusten á las leyes formuladas estarán ó nó dentro de la doctrina.

Primero se estudia para comprender, luego se juzga. Pero para todo es necesario que el investigador se despoje de todo prejuicio y estudie con simpatía, como si él mismo fuese el sostenedor de de las doctrinas que examina, sin sectarismo debe procurar extraer toda la verdad contenida y separar los errores que no condigan con la doctrina ó el fin que se persigue. Fijarse más en lo fundamental que en lo accesorio y en el espíritu más que en la letra; penetrar en el fondo, buscar las bondades más bien que los defectos y ver de conciliar las doctrinas en la parte de verdad que contengan.

Así han procedido y proceden los verdaderos sabios.

Como no siempre es posible la constatación de los hechos, muchas véces el espíritu humano se eleva sobre ellos para reconstruir el pasado y entonces crea símbolos, representaciones ó forja teorías ó hipótesis, de acuerdo con los hechos observados y las leyes comprobadas. Sírvese de la imaginación como exploradora para llegar á nuevas verdades, á nuevos descubrimientos.

Pero todas esas creaciones é hipótesis tienen carácter provisório; se las acepta, pero se está pronto á abandonarlas cuando una mejor certidumbre ó comprobación experimental venga á demostrar una mayor solidez. La ciencia no repara en el foco que le envía la luz que aclara y despeja de tinieblas el camino, lo mismo la acepta de un sol que de un humilde candil, para ella no hay privilegiados y á todos alcanza la inflexibilidad de sus leyes.

Génesis de las ideas morales

Todo fenómeno que produce en nosotros una sensación, modifica las células nerviosas del cerebro y deja en ellas una aptitud funcional, que en un momento dado facilitará y aún provocará la repetición de este fenómeno, el cual concluirá por verificarse exponánea, automáticamente. Con este ejercicio las células adquieren una propensión, un hábito, un instinto, una necesidad de reproducir, unas veces consciente, otras inconscientemente los estados de conciencia anteriores, siempre que ellos se hallan fijado suficientemente en los centros nerviosos. Estos estados de conciencia se hacen hereditarios.

Siguiendo este procedimiento, que es lento y penoso, pues está expuesto á toda clase de influen-

cias, se han formado en la conciencia humana las propensiones morales.

Y cuando el hombre, arrastrado por la curiosidad de conocer su ser moral íntimo se ha estudiado y encontrado estas propensiones, ignorante de su verdadero génesis les ha atribuido un origen misterioso ó metafísico, en el cual ha hecho intervenir la Divinidad ó entidades abstractas y obscuras, dotadas de un poder creador absoluto, que las hacía árbitro universal de cosas y fenómenos, de las leyes del mundo moral y de los sentimientos de la conciencia.

... Pero las doctrinas del transformismo y de la evolución, han permitido reconstruir ese pasado, llegar á los orígenes de ese drama portentoso de que es autora la Naturaleza y actores todas las especies del mundo biológico; seguirlo en su desarrollo hasta el momento actual, sin salir del escenario que tiene por teatro el planeta que habitamos, pues ese pasado vive todavía bajo nuestros ojos, y la antigüedad prehistórica resucita en la antigüedad actual. Las razas humanas inferiores, representan, de una manera general la humanidad primitiva..

Remontándonos á nuestro origen, pero sin llegar á nuestros inmediatos antepasados, es decir, sin salir de nuestra especie, podemos ver como se han

ido formando en nosotros los sentimientos y las ideas morales, que los teólogos dicen son de origen divino, los metafísicos afirman que son innatos, pero que la ciencia, que todo lo aclara, prueba que son heredados.

Tomemos por ejemplo la idea del *bien*.

Para un individuo de sentimientos egoistas es *bueno* todo aquello que le proporciona un placer, una ventaja inmediata de cualquiera especie; no razona sobre los medios ni sobre los perjuicios mediatos ó inmediatos que puede ocasionar á los demás, ni sobre los de que el mismo pueda ser víctima. Su egoismo oscurece su razón. El salvaje hace un razonamiento análogo: robar ó asesinar al enemigo son acciones *buenas*, dejarse robar ó matar son acciones *malas*. Aquí habla el egoismo, el instinto de conservación. Es el fondo de la doctrina del salvaje.

Pero la debilidad del hombre, los peligros de que estaba siempre rodeado le hicieron comprender la necesidad de la asociación, pues la experiencia recogida en sus continuas luchas con los animales ó con los otros hombres, le había demostrado el valor del número, de la unión, y entonces organizó mejor la vida colectiva, hizo común la propiedad y la vida de los asociados y estableció con carácter impera

tivo la *ayuda recíproca*, para defender mejor lo que era de todos: respetar la costumbre, obedecer al jefe, que representaba la ley, fué entonces el acto *bueno*, moral, pues de esta ayuda resultaba una ventaja para el grupo, y el criterio moral ménos estrecho, puesto que sancionaba la solidaridad para el bienestar común, comprometiéndose á hacer un cierto sacrificio en beneficio suyo y de los otros asociados. Hay ya un principio de altruismo. El bien va así evolucionando en un sentido moral, más conforme con la razón, y poco á poco se convierte en una idea abstracta, pero su origen ha sido concreto y experimental; ha nacido del sentimiento de la propia conservación, que en su principio es orgánico é instintivo, pues hallamos estas tendencias hasta en los elementos de los tejidos, en donde las células más débiles se defienden y huyen para evitar ser comidas por las más fuertes; las fagocitos, ó células devoradoras.

• Además, como las cosas ó fenómenos que se presentan asociados á los sentidos se asocian también en la conciencia, resulta de este hecho una tendencia natural en el hombre á asociar el medio con el fin, y mientras más íntima es la asociación la idea de *fin* suele ser absorbida en la idea de *medio*: nos olvidamos de aquella para pensar en esta. El oro,

por ejemplo, es un medio para satisfacer nuestras necesidades, y compelidas por éstas vamos en busca de él. Primeramente la idea de satisfacer la necesidad es la dominante y hemos buscado el oro con este propósito; pero después, ya no pensamos en la necesidad, que era el *fin*, sinó en el oro, que era el *medio*, y entonces buscamos el oro por el oro mismo. El deseo de la posesión de oro se hace dominante y hasta puede convertirse este mismo deseo en una necesidad de poseer, capaz de hacer del sujeto un *avaro*, susceptible de transmitir por la herencia, el hábito de la avaricia.»

De una manera análoga, dicen Stuart, Mill, y Spencer se explica la idea del bien, de la virtud, etc: «Amamos la virtud por la felicidad que ella nos procura; pero luego vamos haciendo abstracción de la felicidad y ésta está encarnada en la virtud; entonces amamos la virtud en sí, y este sentimiento hácia ella nos parece completamente desinteresado y primitivo, pero buscando sus fuentes, vemos que ha sido egoísta en su principio y que no es primitivo sino derivado: es una especie de avaricia moral hereditaria.»

El sentimiento religioso es también un sentimiento derivado y sometido como los demás á mil in-

fluencias que lo transforman y lo hacen seguir la ley de la evolución.

Los sentimientos morales no proceden de los religiosos sinó que, por el contrario son los religiosos que proceden de los morales.

El sentimiento de la propia conservación ha generado al sentimiento religioso. Y las religiones más humanas, más puras han tenido que buscar su punto de apoyo más sólido, en una moral que ellos no habían creado. Los ídolos, símbolos y divinidades que encontramos en todas las religiones, así como la casi totalidad de los preceptos, son sugeridos por la Moral, y ellos nos dan la medida del grado de civilización y moralidad alcanzada por los pueblos.

El hombre, débil é impotente para luchar con las fuerzas de la naturaleza, sin poder mental suficiente para comprender los fenómenos que impresionaban sus sentidos, y temeroso, por su propia ignorancia, de todo lo que veía, humanizó los seres y los *elementos*, creó á su imágen sus primeros ídolos y les atribuyó á todos sus propios sentimientos y sus propias pasiones.

Impotente para dominar los vientos, para impedir que el fuego le quemase, y que el sol le abrasase, reconoció en todas estas cosas un poder superior al suyo, las temió como temía á los que eran

más fuertes que él y las adoró y temió como á dioses.

Y, juzgándolas por sí mismo, cuando quiso obtener de ellas algún favor les dirigió súplicas, hizoles ofrendas, ofrecióles sacrificios, erigióles templos, pues la experiencia le había enseñado que todo ésto satisfacía y tenía la virtud de torcer la voluntad de los hombres, y atribuyóles la misma eficacia respecto á los dioses, á quienes creía tan interesados y egoistas como él, y vió en ellos los dos principios de todas las religiones: el del bien y el del mal.

Apegado á la vida, concibió una existencia futura, continuación de la terrena, colmada de placeres para los buenos y de dolores para los malos. Y como corolarios de esta concepcion aparecieron el ascetismo, la resignación á toda pena, el desprecio á la vida, la muerte voluntaria.

A las religiones del terror y del despotismo. siguenles una série de sistemas derivados, pero que representan una nueva etapa de la evolución, y en las cuales las ideas son ménos erróneas, las prácticas más humanas, las costumbres más puras, los sentimientos más morales. Se predica la bondad, la caridad, la fraternidad, la justicia, se proscribe la mentira, el homicidio, el robo, etc. El cielo se puebla de ángeles y la tierra de apóstoles, encargados de predicar y enseñar á las gentes las nuevas doc-

trinas. Pero la obscuridad de los misterios que contienen y las desigualdades sociales, han sido obstáculos para universalizarse. Se las ha discutido, negado, y se han formado numerosas sectas. Es que todos son sistemas revelados ó inspirados y se apoyan en lo sobrenatural, que no puede ser demostrado ni comprobado. Y de aquí las dudas, los desacuerdos, las guerras religiosas y también la prueba concluyente de que ninguna de ellas satisface á la razón. Y, ó ésta es todavía muy débil para comprender cual es la verdadera religión ó considera que ninguna es la verdadera y las rechaza á todas. Esta última hipótesis es la más aceptada, por eso se van abandonando estos sistemas para elaborar uno más conforme con las necesidades del espíritu moderno, que no se satisface con misterios teológicos ni especulaciones metafísicas; quiere la verdad y la busca en los dominios de la ciencia, pues sabe que sólo allí puede encontrarla, porque la ciencia es el refugio de todas las verdades.

En la ciencia está también la verdadera moral, y dentro de ésta, la verdadera religión.

De la Moral nació este sentimiento, egoista y grosero en su génesis, ha ido evolucionando y adaptándose cada vez más á las necesidades del espíritu de la época.

El espíritu de la época actual es positivo, y este carácter ha de tener la nueva religión; la cual, excluyendo las especulaciones odiosas, permitirá concentrar los esfuerzos al mejoramiento del hombre; sin exclusiones sectarias.

Si la índole de este trabajo permitiese hacer una amplia investigación por el vasto campo de la Arqueología, de la Antropología y de la Sociología, podríamos presentar multitud de datos y de observaciones que han recogido los estudiosos en el terreno mismo en que se han producido y siguen produciéndose los hechos de la especie que narran; y hallaríamos la confirmación de que las acciones y los sentimientos que nosotros llamamos morales, no han sido sembrados por un poder sobrenatural en nuestros centros nerviosos, sino que son producto de la herencia, del medio, de la educación, de las costumbres, de los progresos científicos, artísticos, industriales, etc. Que han nacido de las necesidades de la vida y del comercio social de los individuos. Que los actos de obediencia, respeto, honradez, simpatía, abnegación y los otros de carácter opuesto, como la violencia, el robo, el asesinato, la avaricia etc., se observan en numerosos animales y en todas las razas y tribus humanas, con caracteres más ó ménos semejantes; y que estos sentimientos se han

ido formando y modificándose lentamente en la conciencia del hombre, á medida que se han ido modificando las condiciones de la vida, ilustrándose la inteligencia y purificándose la conciencia.

Dominio de la Moral

M. Guyau, en su obra titulada «Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction» dice: «Creemos que
« la moral puramente científica no debe pretender
« abrazarlo todo; y que lejos de querer exagerar la
« extensión de sus dominios, debe trabajar para li-
« mitarlos. Es necesario que consienta en decir con
« franqueza en tal caso yo no puedo prescribir im-
« perativamente nada en nombre del deber.....»

La opinión de Guyau, respecto á que «la moral científica no debe pretender abrazarlo todo y que debe trabajar para limitar sus dominios» está perfectamente de acuerdo con las exigencias del estudio de las ciencias, pues el desarrollo que éstas han adquirido, y que se extiende cada día más, apenas

permite al estudioso que consagra toda su vida al saber, adquirir ideas de conjunto, posesionarse del espíritu, del método, de los principios y leyes más generales, así como de un cierto número de hechos de las ciencias, pero no le será posible dominar ninguna de ellas sino se consagra preferentemente á su estudio particular.

Los sabios, según el concepto antiguo, no existen en la actualidad. El sabio de nuestros días es el que ha profundizado una ciencia, y cuando más un conjunto de ciencias de la misma categoría.

La dificultad para abarcar todo el saber ha dado origen á las especializaciones; pero con los nuevos métodos, los instrumentos de aplicación y examen y el auxilio recíproco que las ciencias se prestan, aumenta cada vez más la extensión de los dominios de cada una, así como aumenta también la necesidad de profundizarlas mejor, abarcándolas en su conjunto y en sus detalles. Y si bien puede hacerse una clasificación de fenómenos, leyes, etc., y decir todos los de esta clase pertenecen á la ciencia A, es muy peligroso afirmar que esos fenómenos, leyes, etc, no contienen también una parte que corresponde á las ciencias B y C, pues todas las ramas del saber guardan entresí relaciones de independencia, sobre todo en ciencias afines,

y estas relaciones es necesario estudiarlas y conocerlas para comprender mejor los hechos y establecer más netamente la filiación de una ciencia cualquiera, porque ocurre frecuentemente que ciertos fenómenos de la ciencia A, necesitan ser explicados y comprobados por otros fenómenos de la ciencia B, y muchas veces de la ciencia C y D, según la complejidad y generalización.

El estudio genealógico y comparado es pues muy necesario para el saber positivo.

Ahora bien, las ciencias sociales son las más complejas, y entre éstas la Moral lo es más que cualquiera de las otras. Comte la coloca por esta razón, en la cúspide de la série que empieza con las matemáticas.

Dada pues, su mayor complejidad, su objeto y su carácter de relatividad, creo que para llenar bien su misión docente y crítica, no solamente necesita penetrar en los dominios de las otras ciencias, especialmente en los de las biológicas y sociales, sino que hasta debe ser especie de Mentor de las últimas, no para ver como se desenvuelven, ni para discutir sus leyes fundamentales, ni sus métodos, sino para procurar que todas concurren, de la manera más digna y eficaz á purificar los sentimientos, que son el motor supremo de la existencia y del perfeccionamiento humano.

Para estudiar á fondo la Moral, es necesario en el análisis de la conducta, tratar de darse cuenta de todos los factores, buscar la explicación de todas las obligaciones y la razón de todos los deberes. Y para conseguir ésto de la manera más satisfactoria, se necesita el auxilio de las otras ciencias, pues los actos de la conducta no pueden estudiarse aisladamente.

El determinismo de las ciencias, después de una lucha secular, ha triunfado sobre la teoría del libre albedrío. La voluntad, como potencia completamente independiente, ha desaparecido de la clasificación del alma en la psicología moderna.

El hombre, cualquiera que sea su grado de civilización y su condición social, jamás obra puramente porque él lo quiere, sino en virtud de ciertos antecedentes ó factores que lo mueven, lo impulsan á la acción, y él obra siguiendo la dirección de la mínima resistencia. Esos antecedentes son fuerzas que estarán en él ó fuera de él, pero que ni á las unas ni á las otras los gobierna de una manera absoluta; puede conocer y conoce algunas de esas fuerzas, nunca todas, así como también conoce un cierto límite hasta donde pueden llevarle; y en virtud del grado de estos conocimientos que el sujeto tiene y de la participación que ha tomado en la

producción de un hecho surge el mérito ó desmérito de la acción y del sujeto que la ha ejecutado. Pero para ésto hay que reconstruir la escena en donde los hechos que va á juzgar la Moral se han desarrollado, y saber en que condiciones y sometidos á qué influencias han estado los individuos y los pueblos cuya conducta quiere estudiar, para entonces aplicar su código y ver en que medida han podido cumplirlo. Con el mismo criterio procede para dar reglas de conducta. Y sin el auxilio de las otras ciencias no podría existir la moral relativa y científica, que es la única racional.

Con este ámplio criterio no podría decir la Moral, «en tal caso yo no puedo prescribir nada imperativamente en nombre del deber.....»

División de la Moral

Si una persona, para satisfacer las necesidades propias y las de su familia trabaja de acuerdo con las reglas de la higiene y aplicando honradamente sus aptitudes á la labor á que se entrega, y con cuyo producto consigue proporcionar á él y á los suyos lo que necesitan, esta parte de la conducta del individuo es *buena en absoluto*.

Si el mismo individuo, para satisfacer las mismas necesidades tuviese que extralimitarse en el trabajo y hacer éste en condiciones antihigiénicas ó en cierta manera penosas, ó que lo expusiese á contraer alguna enfermedad, ésta conducta sería *relativamente buena*, pues si el individuo se enfermase su familia y él sufrirían más por esta causa.

Fuera de estas dos clases de conducta no queda sinó la conducta inmoral, aunque ésto tampoco pue-

de decirse que existe en absoluto, pues «siempre hay algo de bondad en lo malo, como algo de verdad en lo falso.»

Podemos entonces dividir la Moral en *absoluta* y *relativa*. Corresponden á la primera toda la categoría de acciones que tienen por objeto satisfacer las necesidades del individuo ó del agregado, de acuerdo con las leyes de su conservación y mejoramiento armónico, concurriendo á dichos propósitos de una manera absoluta. A la moral relativa corresponden las acciones de la conducta que solamente de una manera parcial satisfacen tales condiciones.

Analizando ahora la conducta nos encontramos con que si bien el individuo, y el agregado social son capaces de mejoramiento, y la evolución de la humanidad demuestra que cada vez nos aproximamos á la perfección, ésta solamente existe como ideal, pues no hallaremos un solo hombre, y ménos una sociedad que adapten perfectamente sus actos á fines eminentemente morales. Pero si este tipo de perfección no existe, podemos concebirlo, y tendremos que imaginarle con tal que reúna en sí todas las condiciones exigidas por la perfección moral y despojado de todo otro elemento que no concurra á este fin.

De la misma manera podemos concebir una sociedad perfecta, ideal, que tenga por código de su conducta todos los principios y reglas propias de una sociedad que hubiese completado su evolución.

Este código de moral absoluta, sería el que se aplicaría para resolver los problemas del universo moral y extraer la parte de moral relativa de la conducta en general.

Este código de la conducta, constituiría también la moral teórica.

Como la evolución es incesante, resulta que en realidad ningún código de moral puede tener un carácter definitivo, sino provisorio. Y, lo repetimos, la única moral racional es la relativa, pues las causas determinantes de las acciones humanas, son muy diferentes en calidad y en energía entre los individuos del mismo grado de cultura, y con mayor razón entre éstos y otros de cultura diferente. Así por ejemplo, nuestras acciones son más morales que las de los fueguinos; pero para juzgar nuestra conducta debe haber más severidad y para ellos más tolerancia. Lo mismo sucede con respecto á los individuos normales y anormales y aún respecto á un mismo individuo en las alteraciones y desdoblamientos de la personalidad.

¿Deben primar los sentimientos egoistas ó los altruistas?

La tendencia natural del hombre se manifiesta bajo dos aspectos: el egoismo y el altruismo.

El primero de estos instintos es más imperioso que el segundo, siendo también anterior á él, y su raíz más profunda reside en la necesidad de la nutrición, que es la función más importante para la conservación de la vida.

“Sin nutrición no hay crecimiento, no hay reproducción, no hay movimiento, no hay sensibilidad, no hay pensamiento.”

“La vida puede concebirse como reducida á su más simple expresión: la nutrición.”

Un ser capaz de nutrirse, aunque esté privado de las demás funciones puede vivir. No es una metáfora el dicho vulgarizado que, "*Enfermo que come no muere.*"

Se explica así, que la necesidad de nutrirse para mantener la vida sea tan perentoria y enérgica y que para satisfacerla el ser tome sus alimentos en cualquier parte que los halle, llegando hasta sacrificará los inferiores ó más débiles que él, ya sea devorándoselos ó apropiándose por cualquier medio, de las sustancias que estos se han procurado, y que también necesitan para su nutrición, Es la "*struggle, for life*" que se cumple en todas sus partes.

Pero de esta lucha resulta una ventaja: sucumbiendo los inferiores y quedando los más aptos, de mejor organización, los más fuertes; se asegura el progresivo mejoramiento de los individuos y de las especies sobrevivientes, los cuales, en virtud de su superioridad física y aun psíquica, producen un aumento de bienestar.

Satisfechas por el individuo las exigencias de la nutrición, se produce en él una especie de exaltación orgánica por el exceso de energía acumulada, y entonces se manifiesta en instinto sexual, y el ser se reproduce, pues "la reproducción no es más que

una simple extensión de la propiedad nutritiva.

Y si el reproductor tiene un cuerpo sano y robusto y un espíritu vigoroso trasmite á los descendientes estas cualidades, que les harán más fácil el trabajo por la vida, pues entran á ella en mejores condiciones que sus antepasados y podrán disfrutar de mayor dicha que aquellos. Sucediendo todo lo contrario si el progenitor es débil ó enfermo, puesto que tanto las cualidades buenas como las malas se transmiten y se heredan.

Tenemos así al egoísmo dando vida á un nuevo ser, enjendrando cierto altruismo y produciendo una suma de felicidad, que se hace trasmisible á otros y es susceptible de aumento.

Por la reproducción el individuo sale de su primitiva personalidad para constituir una fuente de afectaciones, emociones y sentimientos inherentes á la vida doméstica; pero estas manifestaciones de la sensibilidad doméstica, lo mismo que las de la social, no son espontáneas ni simples, como lo afirma la escuela clásica, sinó que, como lo ha demostrado Hartley, de la escuela inglesa, "son compuestas de una série de sensaciones elementales que no solamente se asocian y suceden sinó que se fundan en combinaciones químicas, que tienen los mismos caracteres que las psíquicas. De modo que los

estados de conciencia que nos parecen más simples, más irreductibles y más espontáneos, comprenden una síntesis de términos heterogéneos, regidos por las leyes de la asociación”

La evolución de los sentimientos egoístas hacia el altruismo se manifiesta, definida y clara, en la familia, con los afectos que nacen de la vida conyugal primero, paternal después, y que preparan la solidaridad universal induciéndonos á querer á nuestros sucesores, y de esta manera venimos á quedar ligados al porvenir.

Del instinto de continuidad de la vida y propagación de la especie, surge en la familia el amor filial, que se manifiesta por el sentimiento de veneración á los predecesores inmediatos, para hacerse extensivos más tarde á los mediatos, á los benefactores de la sociedad, y es así como cada nuevo ser se une al conjunto del pasado humano por la gratitud, el respeto y el amor.

La afección paternal es también producto del hogar y produce la simpatía, que en este caso, es el resultado de una compenetración recíproca de sentimientos é instintos, que tienen un origen común y viene á completar el cuadro de la familia, que es la manifestación inicial de la sociabilidad

actual. Por el desarrollo de la fraternidad doméstica se prepara la fraternidad universal.

Pero en la vida doméstica, se observa que el cariño de la madre para con el hijo, es más intenso que el del padre y más que el del hijo para con ella y todavía más que el que los hermanos se profesan entre sí. La explicación de esta superioridad de los afectos maternos no está solamente basada en los sacrificios, cuidados de todos momentos y de todo género que las madres prodigan á sus hijos ni en la natural afectividad del sexo, sinó que se halla también en las exigencias y condiciones propias de la vida de nutrición. Ya hemos dicho que la prole no es más que una extensión de la propiedad nutritiva. Es una sustancia viviente desprendida de los progenitores, alimentada por la madre durante la vida ultrauterina y luego, durante la lactancia, en las mamilas maternas. Por todos los motivos mencionados, la madre debe querer más á sus hijos que á ningún otro miembro de la familia. Y dicen bien ellas cuando los llaman *pedazo de sus entrañas*.

La madre es el centro principal de las emociones domésticas.

Salomón, no pudo apelar á prueba más decisiva que la que intentó para descubrir cual era la ver-

dadera madre del niño que se disputaban las dos mujeres de la Judea.

Los hijos, por ser parte del organismo materno, además que por instintiva afección, se sienten más inclinados á la madre y quieren á esta más que á los demás, miembros del grupo doméstico. Y aunque hay otros motivos para esta preferencia, como el del contacto recíproco y el de la gratitud filial, que tienen sus manifestaciones en las sonrisas infantiles, el que se refiere á la nutrición es quizá el más poderoso, y tal vez por el se explique esa natural inclinación que, semejante á las afinidades químicas, atraen recíprocamente á madres é hijos, que por cualquier circunstancia han vivido algún tiempo sin reconocerse.

La menor energía de la simpatía fraterna, respecto á las dos anteriores, podía explicarse por la razón de que entre los hermanos no hay interdependencia orgánica directa, como la hay entre padres é hijos, sino simplemente afinidades colaterales, que son el resultado del origen común, pero que no pueden establecer vinculaciones tan estrechas como los materno-filiales.

La superioridad afectiva de la mujer, emanada de sus funciones pacíficas y de su debilidad orgánica, le asignan en la vida doméstica primero, y en

la social más amplia después, una influencia continua sobre los sentimientos egoistas, los cuales también, merced á ella, van haciéndose cada vez menos imperiosos y más compatibles con una cierta suma de altruismo, que aumenta y mejora gradualmente.

Primero como esposa, después como madre, luego como hija, en seguida como hermana, bajo cada uno de estos aspectos, la mujer está destinada á preservar al hombre de la corrupción y de muchos otros vicios que le pervierten y degradan y transforman así su existencia en el sentido de fines y prácticas más morales. Bajo éste respecto, nosotros somos más los hijos de nuestra madre, que de nuestros padres.

Saliendo del círculo de la familia y penetrando en la sociedad, nos hallamos con que ésta es también un organismo de la misma naturaleza que la familia, pero, naturalmente mucho más vasto.

Las unidades que lo componen están ligadas entre sí por afinidad de necesidades, sentimientos, ideas y aspiraciones, todo lo cual hace que sientan por acción refleja los dolores, los placeres, las penas, el bien, y el mal, de otras unidades, y del todo.

Pero el primero y más poderoso vínculo, que los ha ligado ha sido el instinto de la propia conser

vación y el de la sociabilidad, ya heredado de la especie ó raza originaria del hombre; especie ó raza que representaría, cómo lo dice Ameghino, "una rama rota y perdida hasta ahora, del árbol genealógico humano."

Todas las observaciones hechas por los naturalistas y los sociológicos, y aún por las de simples viajeros, están de acuerdo en afirmar que en general, en las razas superiores el instinto de asociación es más manifiesto que en las inferiores, y si aceptamos la doctrina de la evolución, debemos creer que el antecesor del hombre ha sido sociable, y por consiguiente la sociabilidad de nuestra especie es heredada.

Confirma esta teoría el hecho de que, hasta ahora, solamente como una excepción, en los descubrimientos paleontológicos se hayan encontrado juntos restos humanos de un solo individuo, la regla es que se encuentren en el mismo sitio no solamente huesos de muchos hombres, sino también armas y utensilios que atestiguan la vida en común.

El estado social ha sido y es una condición y una necesidad para la existencia de las especies orgánicas, aún contando el inconveniente del consumo necesario á la alimentación.

Concretándonos á las sociedades humanas, se

observa que para asegurar el estado social se requiere que todo individuo se someta á ciertas restricciones, por ejemplo: acatar las leyes, obedecer á la autoridad, respetar la justicia, cumplir los contratos y tantas otras exigencias impuestas según el grado de civilización alcanzado por el agregado. Todas estas restricciones al egoísmo producen una suma de altruismo, pues el ejercicio, la educación, la herencia, la influencia del medio, y la coerción van modificando las costumbres y los sentimientos en un sentido más moral. Cada individuo va almacenando en sí mismo una parte de la simpatía de origen orgánico, y así se comprende la resistencia y la reprobación que encontramos en nosotros y en los demás cuando pretendemos hacer triunfar nuestras pasiones ó intereses, con detrimento de los de otro ó de los del agregado.

Vemos así que en todo orden de sentimientos siempre hay un antecedente originario que es egoísta. Así, por ejemplo, la representación del dolor y muchas veces el simple recuerdo, está tan asociado en nuestro espíritu á los efectos que produce, que ellos solos bastan para hacernos sufrir cuando presenciarnos ó tenemos noticias del sufrimiento de otro, y brota espontánea en nosotros la conmiseración, la piedad, las lágrimas. Y quisiéramos mitigar la

pena, aunque para ello tuviesemos necesidad de tomar una parte activa de ella.

Según Spencer, las personas que nunca han estado enfermas sienten poca compasión por las enfermedades de otras. Y se explica que así sea, pues no conociendo prácticamente el dolor, se le comprende menos.

Pero hay sentimientos tan elevados que parecen no contener la más pequeña parte de egoísmo, como es, por ejemplo, el que induce al individuo á sacrificar su felicidad ó su vida en beneficio de otro.

Para el darwinismo, tal sacrificio es semejante á los movimientos de una brújula cuyos polos *tú* y *yo*, se hallan invertidos, debido á alguna poderosa influencia, pero la brújula no deja de seguir la corriente universal, es decir el egoísmo".

A nosotros nos parece que no se trata sinó de un egoísmo de un orden superior. Unas veces es amor, sentimiento espontáneo y legítimo que atrae las almas y las confunde en una sola; otra es veneración, sentimiento de gratitud, reconocimiento y admiración, en el cual la grandeza del ser ~~que~~ que lo inspira nos hace olvidar de nosotros para admirarle á él; otras compasión, sentimiento generoso que nos hace apiadar de los más débiles ó más desgraciados que nosotros y lo sacrificamos todo por ellos;

otra es una combinación de sentimientos que no se defiende pero que se siente y se les obedece, y obramos impelidos por ellos. Pero en muchos de estos casos la satisfacción que sentimos al realizarlos es superior á nuestro interés material: gozamos más, y como somos avaros de felicidad, elegimos la mayor y que está más de acuerdo con nuestra sensibilidad. No es solamente la cantidad del placer que satisface al espíritu, sinó, sobre todo, la calidad. Adam Smit tenia razón cuando criticaba á Bentham su moral del interés y decía que "valía más ser un Sócrates descontento que un puerco satisfecho".

Los individuos que prefieren los placeres ó satisfacciones de la clase que acabamos de mencionar, son los que han vencido las resistencias materiales del egoismo y han llegado á un grado muy elevado de altruismo. Estos son los que representan el ideal del hombre moral de Comte, pero que á mi juicio no es este el tipo verdadero del hombre moral. El hombre eminentemente moral, no es el que vive exclusivamente para otros, sinó el que vive para sí y para los otros; es el hombre que cuida su existencia llevando una vida honesta, arreglada y laboriosa, que ejercita convenientemente sus facultades físicas, afectivas é intelectuales, á fin de poder alcanzar el más alto grado de desarrollo y poder pro

porcionarse á si mismo y á los demás, el mayor y mejor bien positivo.

Aceptamos el ideal de Comte, pero puramente como ideal, porque como tal nos parece bueno, puesto que mirando siempre hácia él, se conseguirá que influya sobre el mejoramiento moral, pero si fuese posible su realización y cada individuo estuviese siempre pronto á sacrificarse por los demás, correríamos el riesgo de extinguirnos todos como se extinguen las especies que no pueden ó no saben defenderse.

Comprendemos que el estado moral de la sociedad actual, aunque en general, es mejor que los anteriores, está todavía lejos de poder satisfacer las exigencias de una moral superior; pero las modificaciones morales se operan en la masa con una lentitud extrema, porque son modificaciones orgánicas, y para conseguirlas, es necesario cambiar las impresiones morales fijadas por los siglos en el espíritu humano, y esta es obra de la evolución.

Tolstoy, pide para la Rusia instituciones tan liberales y democráticas como no las tiene ninguna república, pero pide para la Rusia. Comte tenía también razón de pedir á mediados del siglo pasado, y podría pedirlo hoy también "*Vivre pour autrui*"

Nosotros pedimos una mejora gradual de los sen-

timientos, por medio de afecciones cada vez más eminentes, pues este es el orden de la evolución; pero teniendo presente que como los sentimientos altruistas tienen su parte egoísta, para querer mejor á los demás el hombre no debe olvidarse de si mismo, y entonces *debe subordinar rationally su egoísmo á su altruismo*. Esta nos parece que es la solución de este problema.

¿Progresamos moralmente?

Todo lo que contribuye á mejorar, de una manera más ó menos constante, la condición individual y social del hombre, implica un progreso. Y como el aumento de moralidad se basa en el mejoramiento armónico de las unidades y del agregado social, bastaría mostrar que efectivamente la humanidad progresa siempre, para dejar también demostrado el correlativo progreso moral.

Basados en un principio metafísico de la causalidad, algunos filósofos como Platón y Leibniz y algunos teólogos, han sostenido que *el efecto no puede contener más de lo que contiene la causa*, y que *lo inferior no puede engendrar lo superior*. Y de aquí se ha deducido que no puede haber ningún

progreso en el mundo, pues todo ha sido hecho por el Autor del Universo.

Si este concepto se refiere á que en el Universo la materia y la fuerza, no se aumenta ni se disminuye, perfectamente se aceptaría, como se acepta en el mismo sentido, que *nihil novus sub solem*, y también que ninguna de las leyes de la Naturaleza las ha inventado, sinó simplemente descubierto el hombre. Pero, si bien en el universo actual no hay un átomo más ni menos de los que existían cuando toda la Naturaleza constituía la grán nebulosa que dió origen á los mundos, las mezclas y combinaciones de las sustancias inorgánicas, según su naturaleza y las propiedades atómicas y moleculares de las mismas, obedeciendo á las fuerzas de atracción y de repulsión y mediante la influencia de los agentes naturales, han ido modificando el estado de los cuerpos y produciendo esa infinita variedad de cosas y de seres, que constituyen los tres reinos de la Naturaleza.

La doctrina de la evolución, vá acumulando cada día más hechos que la comprueban, no solamente hechos del mundo físico, sinó también del mundo moral; y la ley de Spencer, que *todo pasa de una homogeneidad indefinida é incoherente á una heterogeneidad definida y coherente*, así como la del trans:

formismo de Lamarck y de la selección de Darwin van quedando fuera de discusión, para incorporarse á las verdades comprobadas y aceptadas por la ciencia. Ellas atestiguan que de la combinación de lo inferior con lo inferior y de lo inferior con lo superior, ha surgido lo superior: y esta es la regla, debiéndose á esta propiedad de la sustancia y no á un poder sobrenatural ó divino, la formación del universo biológico. De este universo surge la vida, como continuación de si misma; es una adaptación creciente y un progreso perpétuo. Y en este proceso, para subsistir el inferior debe hacerse superior, pues, la Naturaleza encierra á cada ser este dilema: "Progresar ó desaparecer." Y así se desarrollan todas las formas organizadas superiores, tanto en el órden físico como en el psíquico.

Además, toda evolución implica una necesidad no satisfecha ó una existencia incompleta, y por consiguiente inferior; y entonces, debido á esa tendencia natural de los seres á buscar un equilibrio entre ellos y ^{su} medio de donde pueda surgir una mejor acomodación, resulta un estado superior que, egoista en su principio, se hace luego altruista porque va mejorando á los individuos y ligándolos con otros, de cuyo contacto nace la simpatía, que es fuente de moralidad.

Son como los pedruscos desprendidos de la montaña que toscos y gruesos al caer, ruedan arrastrados por la corriente y van perdiendo poco á poco su aspereza y adquiriendo pulimento, por su frotamiento con los demás y la influencia del agua y la arenilla del lecho, que forman su medio.

Con el *nihil nilo*, formulado por Descartes y sentido anteriormente por Platón, los sostenidores del orden descendente del progreso y de los seres quieren dar autoridad á su teoría, pero hacen uso de un recurso desmonetizado; porque, seguramente que si los dos filósofos citados hubiesen podido conocer las doctrinas de Lamark, Darwin y Spencer no habrían negado lo que éstos han demostrado suficientemente. Y es por lo ménos una irreverencia á la memoria de los grandes hombres quererles hacer decir y sostener hoy, lo que dijeron y sostuvieron hace siglos, cuando las ciencias naturales estaban en su infancia.

Nó, la fórmula de Pelletán es cierta, en todas sus partes. Y si los que creen que todo está hecho en el mundo, que no hay mas allá en la tierra, nos preguntan dónde están los testigos de nuestros progresos, les enseñaríamos no los milagros revelados, sino las conquistas de las ciencias, en cuyo catálogo, cada vez van quedando ménos páginas en blanco.

Empezando por la vida humana y las condiciones en que ella se desarrolla en la actualidad, ahí están los progresos de las ciencias médicas, que cada día obligan á prolongar el plazo á la inexorable parca.

Haciendo una breve reseña de las últimas y más importantes conquistas de estas ciencias, tenemos á Claudio Bernard, el padre de Fisiología y el médico más fecundo en descubrimientos, el que aplicó el método experimental á la medicina, dando el golpe de gracia á las especulaciones y divagaciones que obstruían el progreso de esta ciencia.

Bichat, que profundizando la Anatomía general, penetró hasta sus elementos y creó la Histología, que hace conocer íntimamente la estructura del organismo.

Pasteur, que descifra el enigma del *contagium vivum*, y establece definitivamente la existencia de los microorganismos patógenos, como generadores de las enfermedades contagiosas. Y así como Copérnico hizo cambiar el centro de los estudios astronómicos, Pasteur hizo cambiar el de la Medicina: creó la Bacteriología, que no tardaron en profundizar Koch, Zanardelli; y tantos otros que han hecho conocer los gérmenes específicos de muchas enfermedades infecciosas. Y como consecuencia de la Bacteriología vino la inoculación de virus atenuan

tes, la Seroterapia y la Anticepcia, las dos primeras que inmunizan de la enfermedad y la última que mata los gérmenes é impide la propagación de la infección, siendo además el gran auxiliar de la Cirujía, ciencia esta última que por el grado de perfección á que ha llegado, casi ha quedado reducida á cuestión de simple habilidad.

El Hipnotismo, que con todo su cortejo de brujerías y conjuros estaba en manos de los charlatanes, ha pasado á las de Charcot, Beaunis y muchos otros, y es una nueva fuerza aplicada á la curación de dolores atroces, teniendo la virtud, de hacer desaparecer ciertas enfermedades nerviosas, que habían resistido hasta ahora á todos los medicamentos conocidos.

Los rayos Röntgen, que han venido á demostrar que no hay cuerpos opacos, y que permiten á la vista penetrar á través del organismo y diagnosticar sobre las fracturas, tumores etc.

La Higiene, auxiliar al mismo tiempo que émula de la Medicina, va cada día dilatando su imperio y sobreponiéndose á las costumbres perniciosas de la moda, del artificio, del lujo, de la alimentación, etc., y aunque es cierto que hay muchísimos dispécticos, el régimen vegetariano se vá generalizando cada día más y el agua va sustituyendo al vino. El ejercicio

corporal va armonizándose con el intelectual; los baños, no solamente de agua sino también de aire, de sol y de luz artificial, que curan ciertas enfermedades, regularizan las funciones y fortifican el organismo, están también muy generalizados. En fin, esta ciencia que prescribe régimen de vida al individuo y á la sociedad, va disminuyendo en el hombre la aptitud de enfermarse, impide la propagación de los flagelos y contribuye así á la conservación y prolongación de la existencia, en condiciones más normales. «Preservar para no tener que curar», es su lema.

Agregando al conjunto de hechos que hemos citado, las especializaciones médicas, que tanto hacen progresar las ramas particulares de la Medicina, los progresos de la Química y de la Farmacopea, la invención y perfección de los instrumentos para curar, la acción de la beneficencia y de las asociaciones en la fundación y mantenimiento de los hospitales, vemos que todo esto favorece la salud y prolongación de la vida, la cual se hace cada vez más armónica y más conforme á la finalidad humana.

Pasando ahora á la parte económica de la vida, tenemos las conquistas y el cultivo de dilatadísimas zonas, habitadas antes puramente por pueblos bárbaros, que no sabían explotarlas; la colonización de

regiones vírgenes y fértiles, pero faltas de brazos para hacerlas producir; las exploraciones de los sábios, viajeros y comerciantes, que han descubierto y puesto en circulación muchas riquezas; las instituciones de crédito, el intercambio comercial, el desarrollo de las industrias, la subdivisión de la propiedad, la facilidad de las comunicaciones, las gigantescas construcciones materiales y mil otras fuentes productivas que mejoran la condición económica del hombre y disminuyen la miseria y los crímenes.

Es cierto que las conquistas de territorios no se hacen todavía por medios muy humanitarios y que la Química, la Física y la Mecánica se emplean también para organizar ejércitos, construir flotas de guerra y tener arsenales, todo lo cual consume considerables energías de todas las clases sociales; pero si las guerras, éstas sembradoras de muerte, de devastación y de ruinas, no han desaparecido todavía, se hacen cada vez más difíciles y los vencidos no pasan ya á ser propiedad del vencedor, ni éste levanta pirámides con sus cabezas ó los hace esclavos. Hoy se condena el quitar la vida á los prisioneros y es considerada como una expoliación, por las demás naciones, apropiarse de los bienes del vencido, por más que todavía estén cautivas Tagna

y Arica, se pretenda dejar sin patria á los valientes boers y las naciones coaligadas en el extremo Oriente, hayan puesto á remate las riquezas artísticas, públicas y privadas, robadas á los vencidos y les impongan una indemnización escandalosa de 500 millones. Todo ésto, que probablemente han de tener que pagar caro los conquistadores, es una prueba más de que la evolución es lenta y penosa, pero es cierta, y después de la censura de los pueblos neutrales y de los hombres independientes, que están á la cabeza del movimiento pacífico, ha de venir la intervención de las naciones, impuesta por el tribunal constituido, no para repartirse la presa, como los judios la túnica de Cristo, ó como las *cultas* naciones europeas la China, que no han podido, sinó para administrar justicia estricta y dar á cada cual lo que á cada cual pertenezca, en nombre de la paz universal, que no es una utopía.

Ahí está sino el Congreso de La Haya, que aunque algunos, no algunos, los más, consideran como un fracaso, ha sido, sin embargo, la aplicación de una idea de un filósofo alemán del siglo XVIII, y que intentó hacerla práctica en nuestros días un ministro de un monarca absoluto. Y aunque no todas las proposiciones del Congreso fueron aceptadas por los congresistas, y las que se aceptaron carecen de

sanción imperativa para hacerlas acatar por las naciones, este Congreso ha sido, no obstante, un paso más hácia las soluciones pacíficas, que serán las que han de imponer los pueblos cuando estén más educados, sean los verdaderos soberanos y se hallen convencido que solamente mediante ellas se llega, sin zozobras ni peligros, al imperio de la justicia, que asegura á cada uno el goce de los productos de su actividad sin provocar censuras, inspirar temores, ni sentir remordimientos.

Pero la sanción del arbitraje internacional y su aceptación espontánea y simpática por los pueblos congregados por medio de sus representantes, si se quiere oficiosos, estaba reservada á la América española, y su más amplia y generosa aplicación, á la República Argentina, que no solamente ha escrito en su constitución que «*La victoria no dá derechos*», en lo cual es superior á todas las naciones del mundo, sinó que, aún en las condiciones más favorables para imponer su voluntad, se ha sometido á lo que había escrito en su carta fundamental, y entregado á un árbitro la solución de sus cuestiones con el vencido.

La idea del arbitraje amplio, ha sido votada por aclamación en el Congreso Científico Americano celebrado hace pocos dias en la República Oriental;

y han votado esta fórmula hasta ciudadanos de un país que hasta ahora se había resistido á hacerlo. Y este es un signo de que talvez sea á la joven América á quien corresponda el honor de sancionar oficialmente y por unanimidad esta fórmula pacífica de resolver las cuestiones entre los Estados, dando así á la vieja y gastada Europa la más tremenda lección moral.

La abolición de la pena de muerte, incorporada á la legislación de varios países, mediante la poderosas razones en que se han fundado para pedirla juriconsultos y sociólogos eminentes, y que es una reivindicación de un derecho natural inalienable, que ha sido y es todavía desconocido por algunos pueblos, va abriéndose paso.

En épocas pasadas, no muy lejanas, esta pena se ha aplicado con generosa prodigalidad, desconociéndose completamente la influencia de la herencia, del medio físico y social, del estado patológico y de ^{la} aptitud regeneradora del delincuente por medio del trabajo, de la educación, de la medicina, del cambio de ambiente y de tantos otros agentes capaces de modificar y regenerar al hombre.

Se mataba en nombre de Dios, en nombre del rey, en nombre del amo y señor, en nombre del vencedor, en nombre de la ley, en nombre de la

costumbre, en nombre de la sociedad, en nombre del honor, en nombre de todos y de todo, porque todo era profanado y la clase de los verdugos ha sido indispensable y ¡oh sacrilegio!, hasta honrada en el organismo social.

Y para las ejecuciones se inventaban los mas horribles tormentos y se elegian las plazas públicas para llevarlos á cabo, exhibiéndose luego el cadáver de la víctima. Ahora las pocas ejecuciones que se efectúan, son, en las cárceles, en los cuarteles, ó en otros lugares cerrados, y el acto queda cumplido en pocos segundos, sin que lo haya precedido pregoneros, ni trascienda á la prensa, sino en casos rarísimos.

La ejecución se hace después de un minucioso proceso, para el cual se deja al reo que elija defensor, admitiéndole toda clase de pruebas en su descargo; y solamente después que se ha comprobado de una manera plena su culpabilidad (se le ejecuta.

Al criminal se le considera ahora más bien como á un enfermo que es necesario aislar, que como á un reo que se debe castigar.

Se trata de corregir al delincuente; no de martirizarlo ó exterminarlo. Y si algunos crímenes, como el de Monza, son penados con el *ergástulo*, es quizá porque responde á una tradición, que todavía no ha

evolucionado, y además la masa del pueblo no aceptaría un castigo vulgar para delincuentes de esta clase, el medio social exige una pena heroica.

Pero mirando con calma este crimen y sus análogos y considerando la secta á que pertenecen los individuos que los perpetran, se puede llegar á la conclusión de que, los ~~monar~~anarquistas, constituyen una fuerza que violentamente quiere incorporarse al organismo social, con un programa de exterminio, como medio, y una igualdad utópica y perniciosísima como fin.

Los anarquistas, como todos los revolucionarios radicales, son impacientes, irritables, impulsivos y fanáticos; constituyen una clase de enfermos que, dominados por una idea fija, quieren hacerla triunfar á toda costa y cuanto antes.

En todo tiempo ha habido esta clase de gérmenes patógenos, destructores de la nobleza y de las testas coronadas. Hoy son menos.

La esclavitud, que el mismo Aristóteles creía necesaria y conveniente, y que Catón el Censor la exageró hasta el punto de decir que, el esclavo que cesaba de producir debía cesar de vivir; y que todos los pueblos la han adoptado, está hoy completamente abolida en los pueblos civilizados.

Es cierto que á la esclavitud sin salario ha su-

cedido la esclavitud con salario, pero las víctimas de esta injusticia social se han unido espontáneamente, atraídas por la comunidad de sacrificios, y ya no permiten que de un modo tan inhumano se especule con su hambre.

Han apelado á la huelga é imponen condiciones á los señores. Y mediante este recurso, asociado á otros, la situación de los obreros va mejorando cada día, no solamente respecto á su condición económica sino también á la intelectual y moral.

Constituyen asociaciones de socorros mútuos, establecen escuelas, hospitales, cajas de ahorro, centros recreativos, etc, etc. Y en las clases dirigentes no les faltan exímios representantes que levantan su voz en los parlamentos, en los consejos de Estado, en la cátedra, en la tribuna, en las asambleas, en la prensa, en el libro, en todas partes se predica por la abolición de las manos muertas, por la subdivisión de la propiedad y la distribución más equitativa de los productos de la labor del hombre. Y aún cuando nunca podía llegarse, felizmente, á esa utópica y retrógada igualdad que pretenden espíritus anárquicos, vamos hácia un mejor equilibrio social.

Y no es difícil que se llegue á lo que Augusto Comte quería á mediados del siglo pasado, á saber,

que los capital^{es} sean como cuasi gerentes de sus bienes, y que el producto de estos bienes, invertidos en empresas útiles, se distribuyan de una manera equitativa entre el capitalista y el obrero. Este es hoy una de las direcciones más dominantes de las ondas del progreso.

Las clases obreras son hoy una fuerza viva y poderosa, incorporada al organismo social, y que influyendo en la opinión, en los gobiernos y en los capitalistas, gravita perfectamente en su órbita y prepara el camino de la democracia.

La intransigencia en las ideas, especialmente en las religiosas, que tantas páginas rojas registran en la historia de la humanidad, ha disminuido considerablemente. Ya no se torturan las conciencias por inquisidores religiosos ó políticos, sin que una protesta general surja, condenando ese atropello y glorificando á la víctima elegida.

Las excomuniones son hoy como esas armas antiquísimas gastadas y oxidadas, que se guardan en los museos para los estudios arqueológicos.

A la fé, ha sustituido el exámen, y los milagros y brujerías los hacen Edison, Pasteur, Roentgen, Marconi, etc. "Y en las verdaderas regiones intelectuales la religión se llama ciencia, se llama filosofía, y la

creencia en el paraiso celestial cede visiblemente el puesto á la creencia en el paraiso terrestre.»

A las luchas entre los hombres van sustituyendo las luchas entre las ideas: se escribe, se pronuncian discursos, se dan conferencias, se celebran congresos, se organizan *meetings*, con el propósito de exponer doctrinas, conquistar prosélitos y hacerlas triunfar; pero estos mismos procedimientos tienen que ir cediendo el campo á la evidencia de las cosas; y á la propaganda por la palabra sucederá la eficacia de los hechos. Las mejores obras serán la mejor recomendación. *Res non verba.*

La función del gobierno va haciéndose provisional y restringiéndose cada vez más, á medida que crecen los derechos del individuo. De monarquía absoluta se ha pasado á constitucional, que es también, una forma transitoria. La definitiva será la democracia, en la cual el pueblo, como soberano, hará ejecutar su voluntad por delegados con mandato definido y preciso, libremente aceptado por mandantes y mandatarios, como se hace ya en algunos estados de Norte América.

El Brasil cambió su forma de gobierno sin derramar una gota de sangre. Talvez le seguirá España, pero los republicanos quizá tengan necesidad de pasar el Rubicón. *¡Tantae molis erat romanam*

conderet gentem! ¡Tan difícil le será al pueblo español abandonar sus costumbres tradicionales!

Una de las manifestaciones más altas del progreso es la cultura del espíritu público. En todos los países civilizados la educación se ha difundido de una manera tan considerable y eficaz que ha «clavado los cañones á la ignorancia», y ésta se bate en retirada.

No creo que sea aventurado decir que á fines de este siglo, los estadistas tendrán que suprimir en sus cuadros las casillas que ahora destinan para los adultos analfabetos, para consignar en su lugar la clase de estudios cursados por cada individuo.

La posesión del saber ya no es solamente manjar de los dioses, ni patrimonio exclusivo de los nobles de nacimiento ó de fortuna, sinó que alcanza á todas las clases sociales, y no solamente concurren á las escuelas de primeras letras, sinó que llenan los colegios, liceos y las universidades. Y los gobiernos no solamente no tienen necesidad de hacer obligatoria la escuela, sinó éstas son insuficiente para contener los que concurren á ellas, buscando el pan de la inteligencia; y la enseñanza particular remunerada por los que la reciben, tiene que venir en auxilio de la enseñanza pública.

Las donaciones y legados cuantiosos de particu-

lares, para la fundación y sostenimiento de institutos de enseñanza de todas categorías, se registran casi diariamente en los periódicos, aunque, con verdadero dolor, tenemos que declarar que entre nosotros son rarísimos esta clase de fenómenos, siendo ésta una de las causas principales de la veleidad é inseguridad de rumbos convenientes, de los estudios de nuestra juventud. Aquí lo esperamos todo del gobierno.

No solamente en las aulas se dá y recibe enseñanza, sinó que también se difunde considerablemente por el libro, la prensa diaria, la revista, la conferencia, el museo, la sociedad, en todas partes, á toda hora y para todos hay medios para instruirse, y es indudable que una de las conquistas modernas de valor ménos discutido, que ostenta títulos mejor ganados y tiene obras más grandiosas é impercederas y de utilidad más positiva, es la instrucción pública, pues mediante ella la inteligencia aumenta su energia y poder, y el hombre ha llegado á ser el mejor instrumento de producción; hasta el punto de poder competir con las riquezas naturales del suelo y equilibrar las condiciones económicas de los pueblos; con esta grandísima ventaja que, el poder creador de la inteligencia aumenta siempre, sin que las generaciones que lo reciben como herencia, pue-

dan detener su progreso: es una ola que avanza constantemente y fecundiza todo lo que encuentra á su paso. Nõ tiene las periodicidades del Nilo que todos los años fecundiza la tierra, pero esta vuelve luego á quedar estéril.

Hemos consagrado demasiado espacio á una demostración que no era objeto principal de nuestro estudio, y aunque muchísimos otros hechos podrían citarse para demostrar que el progreso es cierto, que la civilización marcha, que la moralidad aumenta, nos parece que bastan los mencionados. El movimiento ascendente de la humanidad es innegable; ahí están las conquistas del trabajo en todas sus manifestaciones, del talento, del genio, cuyos beneficios á todos nos alcanzan, pues sus dominios no reconocen otros límites que los del mundo. Pero el perfeccionamiento es indefinido, y aunque mucho hemos avanzado, el camino es largo, y para llegar hasta donde nos encontramos, la humanidad se ha extraviado por mil senderos diferentes y amasado muchas veces con sangre y lágrimas la levadura con que iba á preparar el pan, que había de nutrir su cuerpo y animar su espíritu.

Nosotros, más felices que nuestros antepasados, cuya memoria veneramos, hemos heredado de ellos la antorcha poderosa de la ciencia, que todo lo ilu-

mina y aclara; auxiliados por ella marchamos con paso más seguro en la prosecución de nuestros destinos, aumentando á nuestra vez y mejorando el capital que hemos recibido.

CONCLUSIÓN

Los resultados del método experimental, aplicado á las ciencias naturales, y mediante el cual se han descubierto y comprobado tantas verdades y dissipado tantos errores, indujo también á los sociólogos á aplicarlo á las ciencias sociales; y él ha permitido á los moralistas entrar en las causas orgánicas de los fenómenos morales, seguirlos en su desenvolvimiento, hallar sus relaciones con los demás fenómenos, y de acuerdo con esta clase de estudios, hechos de esta manera, han inducido y deducido leyes, abandonándose las que arbitrariamente, en nombre de la tradición, del sectarismo filosófico, religioso ó político, habían formulado los representantes de las distintas escuelas ó de las distintas sectas.

Las nuevas verdades descubiertas han cambiado la dirección del espíritu humano, y el hombre que ha asimilado estas verdades, ya no busca la expli-

cación de su conducta ni la de las sociedades en los dictados de una voluntad divina ó de causas sobrenaturales; ni obra con el propósito de obedecerlas para disfrutar de las delicias de un paraíso celestial ó incorporarse al alma divina. Sabe que las causas están en su naturaleza orgánica, en sus estados de conciencia, en el ambiente físico y social en que se mueve; que él es un producto de la evolución, como son todos los demás seres, que ésta es continua, y que el perfeccionamiento de nuestra triple naturaleza, que es el fin y la recompensa ideal á que todos debemos aspirar, y la solución últimos del *Problema de la Moral*, no se alcanza sino por medio del trabajo, del orden, de la justicia, del saber, del bien, de la solidaridad entre los hombres y de todas las demás virtudes varoniles que han labrado el progreso positivo de la humanidad.

Y cuando la gran mayoría de los hombres practiquen habitualmente todas estas virtudes, entonces se habrá aplicado á la vida la solución del *Problema de la Moral*.

PORFIRIO E. RODRIGUEZ

Buenos Aires Julio de 1901

PROPOSICIONES ACCESORIAS

El mejor horario escolar es el continuo.
No debe fijarse edad para ingresar á los colegios nacionales.

La causa principal para que la Instrucción Primaria, entre nosotros, haya progresado más que la superior, es que para esta última no tenemos profesores especialmente preparados.

Admitida:

Lorenzo Anadón

Presidente

Rafael Castillo

Secretario

ESIS043R619



5147944

